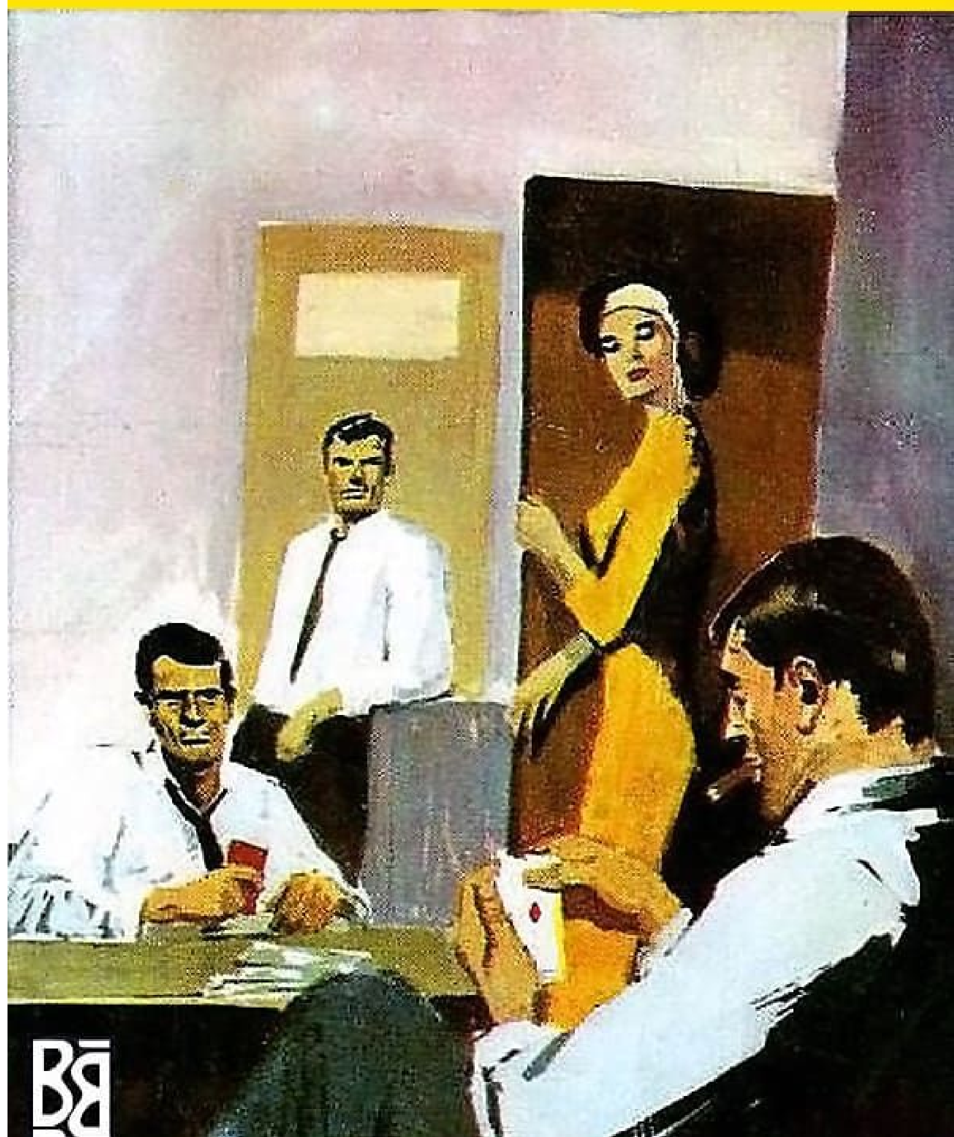
SS SERVICIO SECRETO

Una mujer diabólica

alar benet



Janet Hogan terminó de ordenar pendientes en el amplio escaparate de la joyería. Su jefe, un rumano evadido de su patria, Lascar Bratiano, la miraba desde la caja con expresión satisfecha. La jornada había sido magnífica, con una venta superior a los cincuenta mil dólares, y aún faltaba una hora para el cierre del establecimiento, situado en Cedar Street, frente a la Clearing House, en las inmediaciones de Broadway.

El negocio prosperaba y, justo era reconocerlo, debíase en gran parte a la amabilidad y al don de gentes de Janet Hogan. Lascar Bratiano le daba, a título de gratificación, el cinco por ciento de los beneficios, con lo que ella podía vivir lujosamente, frecuentando los mejores círculos sociales de Nueva York.

La mujer puso en la amplia vitrina la bandeja de terciopelo negro y regresó al mostrador para atender a un caballero que acababa de entrar en la tienda.

—¿Qué desea?

—Decirle que es usted preciosa y…



Alar Benet

Una mujer diabólica

Bolsilibros - Servicio Secreto - 829

ePub r1.0
LDS 24.11.17

Título original: *Una mujer diabólica*
Alar Benet, 1966
Cubierta: Desilo
Ilustraciones interiores: Costa y Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO





Alar Benet

Una mujer diabólica

Colección SERVICIO SECRETO Nº. 829
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO

TED BRECK

JANET HOGAN



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Capítulo primero

Janet Hogan terminó de ordenar pendientes en el amplio escaparate de la joyería. Su jefe, un rumano evadido de su patria, Lascar Bratiano, la miraba desde la caja con expresión satisfecha. La jornada había sido magnífica, con una venta superior a los cincuenta mil dólares, y aún faltaba una hora para el cierre del establecimiento, situado en Cedar Street, frente a la Clearing House[1], en las inmediaciones de Broadway.

El negocio prosperaba y, justo era reconocerlo, debíase en gran parte a la amabilidad y al don de gentes de Janet Hogan. Lascar Bratiano le daba, a título de gratificación, el cinco por ciento de los beneficios, con lo que ella podía vivir lujosamente, frecuentando los mejores círculos sociales de Nueva York.

La mujer puso en la amplia vitrina la bandeja de terciopelo negro y regresó al mostrador para atender a un caballero que acababa de entrar en la tienda.

—¿Qué desea?

—Decirle que es usted preciosa y…

Hizo una estudiada pausa durante la cual Janet le estudió con disimulo. Era alto, de anchos hombros y rostro enérgico. En el negro cabello plateaban unas prematuras canas que hacían más interesante la figura. Pese a la seriedad de su cara, el conjunto no resultaba hosco. A la muchacha le parecía increíble que el desconocido la hubiese piropeado sin que sus labios se contrajeran en un gesto agradable. Inquirió:

—¿Y…?

—Desearía comprar un brillante que no exceda de los veinte mil dólares.

—Procuraré complacerle.

Janet Hogan abrió una caja fuerte empotrada en el muro y extrajo varios estuches que contenían piedras preciosas de diversos tamaños. El presunto comprador tomó entre sus dedos la más gruesa, explicando:

—Marcho a Australia en el avión de la tarde. Las autoridades aduaneras no permiten sacar del país más que una determinada cantidad, insuficiente para mis gastos. Pienso vender el diamante apenas llegue a Sydney. Acostumbro a hacer esto en todos mis desplazamientos al extranjero. Poseo una montura de plata labrada. Véala.

La joven examinó el aro de metal blanco, devolviéndoselo.

—No le entiendo. Nosotros nada tenemos que ver con sus problemas. Vendemos, damos una factura legal, y nada más.

—De eso se trata, de la factura. No se ponga en guardia, señorita. No soy un agente del Tesoro, sino un ciudadano que respeta las leyes… hasta cierto punto. Me llamo Ted Breck y realizo negocios de exportación —e importación. Precisamente voy a Australia a concertar la compra en firme de varios millares de reses. Pretendo… ¿Es usted la propietaria?

—No. La encargada, con plenas atribuciones.

—Me agradaría, sin que usted se marchara, conversar con el dueño. Quiero pedirle un favor.

Había dejado el brillante en su estuche. Lascar Bratiano, que escuchaba el diálogo, se acercó.

—Usted dirá.

—Celebro conocerle. ¿Qué vale la piedra?

—Quince mil dólares. Es de gran pureza, diáfana y…

—No siga. He tenido en mis manos el Koh-I-nur, Montaña de Luz, de ciento ochenta y seis quilates, durante mi estancia en Inglaterra, y conozco fieles imitaciones del Estrella del Sur, del Orloff y del Gran Mogol. Sé de diamantes y éste —jugó con él, distraído— no vale arriba de trece mil dólares. Me ha pedido mayor precio porque adivina mis propósitos. Pagaré lo que ha indicado si me acredita en factura la tercera parte de su valor.

—Comprendo. Permítame ver su pasaporte. Quiero saber con quién hablo.

—Loable precaución.

Ted Breck depositó en el mostrador una gruesa cartera. Sonrió

por vez primera. Lascar Bratiano no juzgó oportuno llevar adelante la comprobación.

—Perdone. Lo que solicita es extraordinario.

—Su actitud es lógica. ¿Qué opina, señorita?

—Que yo no haría ese negocio.

Bratiano, ambicioso, la conminó:

—¡Cállese! Puede molestar al caballero.

Ted Breck intervino:

—¡Oh, no! Es una criatura encantadora. ¿Se ha fijado usted en sus ojos? Son verdes. El cabello, recogido sobre la nuca, le da un aspecto venerable, de camafeo. Si fuera su novio…

—No lo es.

—Por ahora, no. Cuando regrese de Sydney volveré a verla. No me importará comprar media joyería. Se lo prometo. Su pelo suelto, acariciando su garganta, parecería un pregón de juventud, de vida. Pero… volvamos a lo nuestro. ¿Dijo quince mil dólares?

—En efecto.

—Bien. Permítame.

Alzó la piedra a la altura de sus ojos, con aire de experto. Janet y Lascar, que seguían sus movimientos, no advirtieron que la mano izquierda de Ted rozaba la parte inferior del tablero depositando allí un pequeño trozo de masilla especialmente preparada. Al colocar la gema en el estuche, ésta rodó. Breck esbozó un movimiento para cogerla pero en realidad lo que hizo fue fijarla a la sustancia que adhirió con anterioridad.

—Lo siento.

—No tiene importancia —respondió el dueño de la joyería—. Cayó sobre la alfombra.

Ted no se inclinó, permitiendo que Bratiano saliera del mostrador. Se separó unos metros.

—Si fuera poeta —dijo— afirmaría que era una lágrima de usted, señorita.

Janet fue a responder. Se lo impidió Lascar:

—Ayúdeme. Debe haber rodado.

El dueño del establecimiento, obeso por la vida sedentaria, se incorporó, mientras la muchacha le sustituía en la búsqueda. Breck sacó su pitillera.

—¿Fuma?

—No.

Hubo un largo silencio. La joven exclamó:

—¡El diamante no aparece!

—¡Qué disparate! Los tres le vimos caer. A no ser que…

Miró a Ted.

—¡Si vuelve a pensar semejante cosa le machaco la cara a puñetazos!

—Ni quise ni quiero ofenderle —contestó Lascar con serenidad—. Tampoco me intimidan sus amenazas. Analicemos los hechos. Una piedra, valorada en quince mil dólares, se ha esfumado.

—Así es. Sobran las palabras. Levante la alfombra. No puedo perder por una tontería el avión de las diez.

Bratiano se encaró con su interlocutor.

—Para mí, quince mil dólares no son ninguna bagatela.

—Ni para nadie —ironizó Janet—. El señor es muy generoso.

Durante varios minutos Lascar, Ted y la muchacha se esforzaron inútilmente en hallar la gema. Al fin, el propietario de la joyería decidió:

—Llamaré a la Metropolitana.

—¿Tiene confianza en la señorita?

Janet Hogan enrojeció de ira.

—¡Oiga usted! ¡Si aquí hay un ladrón es…!

—¡Silencio! —gritó Lascar—. No es hora de discusiones. Si aviso a la policía no habrá escape para el culpable.

Ted Breck, sin perder la calma, comentó:

—Yo no tengo el diamante. ¿No lo habrán ocultado ustedes para que, en evitación del escándalo, me vea obligado a pagar su importe?

Los dos hombres se miraron desafiantes.

—Lo comprobaremos enseguida.

Bratiano se dirigió al teléfono, marcando el número del distrito de la Metropolitana. Breck se sentó en una silla tapizada en rojo y puso el cenicero al alcance de su mano.

—Confío en que no será larga la espera. Aún he de resolver un asunto en Nueva York. Si tengo humor, les procesaré por difamación.

—No hemos dicho que usted fuera el que sustrajo la gema.

—Guárdese de hacerlo.

La pausa fue larga, embarazosa. Ted miraba con descaro a Janet Hogan. Dijo:

—Es lástima que nuestro primer encuentro sea desafortunado. Cuando todo se aclare, ¿querrá ser amiga mía? Nunca vi unos ojos tan bellos.

Breck no perdía su buen humor, aunque consultaba frecuentemente su reloj de pulsera.

Un coche se detuvo a la puerta de la joyería y de él saltaron dos hombres de paisano. Uno era joven, delgado, de ademán autoritario. El otro frisaba en el medio siglo. Fue el primero en hablar:

—Soy el inspector Nevis Austen. Me acompaña mi ayudante, William Amity. ¿Qué pasa?

Lascar Bratiano explicó lo ocurrido sin omitir detalle, respondiendo a las numerosas preguntas que le formularon los representantes de la Ley. El inspector Austen, que dirigía el interrogatorio, insistió una vez más:

—¿El comprador no se agachó?

—No lo hizo.

—¿Le acusa?

El rumano, secándose el sudor, vaciló:

—Sí y no. Hay un hecho…

—No siga —le cortó William Amity—. ¿No entró nadie más en el establecimiento?

—No, señor.

Los dos policías se consultaron con la mirada. Nevis Austen inquirió:

—¿Buscaron bien?

—Desde luego.

—Entonces —afirmó el inspector— no hay más remedio que registrarles a los tres. William, avise a una matrona —se encaró con Janet, Lascar y Ted—: Lo mejor será que confiesen la verdad.

El silencio fue la respuesta. El agente hizo lo que le indicara su superior, poniéndose al habla con Jefatura. Nevis Austen, deseoso de aclarar aquella incógnita, preguntó al joyero:

—¿Tiene algún biombo en la trastienda?

—Sí. Uno chinesco.

—Tráigalo, William.

—Yo iré con él.

—Ninguno de los tres debe salir del despacho. La señorita se ocultará en la mampara mientras mi ayudante y yo le registramos a usted y al señor Breck.

Regresó William Amity con lo indicado por su jefe, y Janet Hogan, siguiendo las indicaciones del inspector, se ocultó detrás de la tela, en la que había pintados dragones y gigantescas sierpes. Ted advirtió, burlón:

—No se le ocurra mirar. Me ruborizaría.

La muchacha masculló un insulto. William y Nevis, una vez que hubieron cerrado el establecimiento, procedieron a examinar las ropas de Breck, haciéndole desnudarse. Los funcionarios policiales eran hombres expertos a quienes difícilmente se podía engañar. De nada les sirvió. Los de la Metropolitana, convencidos de que Ted no ocultaba la gema, le ordenaron retirarse a un rincón.

—Vístase.

—Gracias. ¿Podré marcharme ya? He de tomar el avión para Australia esta misma noche.

—Procuraré ocasionarle las menores molestias. Sin embargo, le ruego que espere.

Ted Breck encendió un nuevo cigarrillo. Confiaba en el éxito. El diamante oculto en el reborde del mostrador, no sería descubierto.

El mal humor de Bratiano iba acentuándose. La idea de que Janet fuese culpable le disgustaba. Pensaba haber invitado a la muchacha a cenar aquella noche para proponerla que se casara con él. La pérdida no podía haber sido más inoportuna.

—Reúnase con el caballero. Sólo resta que registren a la señorita.

Tras el biombo, Janet asomó la cabeza. Breck, sin moverse de su sitio, bromeó:

—¿Necesita un fiador?

—A usted, desde luego, no.

El largo silencio fue interrumpido por unos golpes en las rejas que obstaculizaban la entrada. El inspector Austen facilitó el paso a una mujer madura, a quien expuso sus pretensiones.

—¿Es necesario que nos marchemos?

—No. La mampara servirá.

Tras minutos de silencio, en los que se escucharon palabras

femeninas pronunciadas en voz baja, Janet Hogan salió triunfante, reuniéndose con Lascar y Ted.

—¡Tampoco yo!

El inspector, confuso, pidió ver las piedras preciosas s y rogó le refirieran una vez más el hecho. Al abrir uno de los estuches, Breck, señalando un diamante, increpó a Bratiano:

—¡Es usted un necio! Ésa es la piedra que dice haber extraviado.

Lascar enrojeció de ira.

—¡Miente!

—Tengo buena memoria. ¿Qué dice, señorita?

—Que es usted un embustero.

El diálogo, se hubiese agriado a no cortarlo Nevis Austen con autoridad.

—¡Silencio! Condúzcales a Jefatura, William. Que el joyero firme una denuncia en regla.

Ted Breck se opuso con energía.

—Espere unos minutos y escúcheme, inspector. He de realizar mañana por la noche un negocio que me reportará un beneficio de veinte mil dólares. Podré probarlo. Carezco de antecedentes criminales y mi nombre es respetado y respetable. Yo no tengo la gema. Si el señor Bratiano quiere retenerme habrá de indemnizarme. Que consten mis palabras en el expediente. Soy ciudadano americano y conozco mis derechos y mis deberes. Exijo que cese esta burla que he tolerado con paciencia para demostrar que soy un caballero y no un ladrón. Levanten las alfombra, el piso o derriben la casa. Lo mismo da. Ese hombre —señaló al dueño de la joyería— es un timador y la señorita su cómplice. El diamante que cayó al suelo es aquél.

Señaló el estuché que contenía piedras de diversos tamaños. Nevis Austen, acariciándose pensativo la barbilla, se encaró con Lascar.

—¿Formula la denuncia contra el señor Breck?

El aludido vaciló.

—Si lo hago y resulta inocente, ¿qué ocurrirá?

—Podrá reclamarle daños y perjuicios.

Los reunidos contemplaron la lucha interna del rumano. Por una parte le dominaba el deseo de ordenar la detención de Ted. Por otra, temía equivocarse. Razonó en alta voz:

—No me interesa hallar un culpable, sino la piedra. Si le han registrado y no se la lleva, déjenlo marchar.

El inspector se volvió a Breck.

—Ya lo oye. ¿Regresará pronto a los Estados Unidos?

—Dentro de unos días. Quizá le haga una visita, señor Austen, para saber en qué ha parado todo. Antes vendré a buscarla, señorita, para invitarla a bailar.

—No se moleste. No me gustan las malas compañías. —No tomo en cuenta sus palabras, fruto del enojo. Me pedirá perdón. Me desagrada haberle conocido, señor Bratiano. Buenas noches.

Con una sonrisa irónica bailando en sus ojos y en sus labios, Ted Breck abandonó el establecimiento…

CAPÍTULO II

A partir del extravío del diamante, las relaciones de Janet Hogan y Lascar Bratiano fueron menos cordiales. Enojado el joyero con la muchacha por las recriminaciones que ella le dirigió afeándole su ambición, cambió su comportamiento, tratando a la empleada de superior a inferior. La joven, que se consideraba parte del negocio, sin pedir una explicación a su jefe, optó por el silencio.

Habían transcurrido tres días desde que Breck partiera rumbo a Australia y Janet, considerándole un ingenioso ladrón de guante blanco, no esperaba que cumpliera la promesa de visitarla. Su asombro no tuvo límites al verle entrar. Vestía un traje oscuro de impecable corte y en el ojal de la solapa llevaba una gardenia blanca. Los dedos índice y corazón de su mano derecha sostenían con elegancia un cigarrillo.

—Buenas tardes. ¿Qué tal se encuentran?

Bratiano palideció. Janet repuso, amable:

—Peor. Nos ha faltado su…

Calló, intencionada. Ted, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, dijo:

—Vengo a comprar unos pendientes. No pienso tocarles. No es agradable que le dejen a uno en paños menores por una nimiedad. Deseo que sean de oro, propios para lucirlos en fiestas de noche. No me importa el precio. Mis asuntos prosperan.

Janet Hogan fue a volverse a la caja de caudales. Lascar se lo impidió airado:

—¡Quieta! Hay muchas joyerías en Nueva York, caballero. No es grata su presencia.

—Lo siento por usted. Va a pasar un mal rato. Faltan veinte minutos para la hora del cierre —consultó su reloj—. Mejor dicho,

veintidós. Adquiriré lo que se me antoje. Pago al contado. Si se opone… Bueno. Quizá le golpee. No le conviene un escándalo. ¿No encontró la piedra?

—No —repuso la muchacha.

—Entonces me explico sus nervios aunque trece mil dólares no representan gran cosa para un hombre de su categoría. ¿Me permite ver los pendientes o no?

Bratiano, intimidado, regresó a su sitio, junto a la caja, mientras Janet Hogan mostraba a Breck varios estuches.

Ted eligió, abonando su importe.

—¿Puedo llevármelos ya?

—Desde luego —contestó Janet—. Son suyos. ¿Quiere factura?

—Sí. No me fío de su jefe. Es capaz de acusarme de robo.

En tanto la joven escribía unas líneas en un papel impreso y Lascar contaba el grueso fajo de billetes, Breck se apoderó del diamante que dejó pegado tras el reborde del mostrador, guardándoselo en la cerillera de la americana. Cuando Janet le entregó el recibo de la compra, Ted lo dobló introduciéndolo en su cartera.

—¿Me acompaña a cenar?

Ante la indignación y la cólera de Bratiano, la muchacha aceptó.

—Sí. He de ir a casa a cambiarme de ropa. Vaya a buscarme a mi piso dentro de una hora. Anote las señas. Planta sexta del número 245 de la Avenida Flatbush.

—Tengo buena memoria. No faltaré.

Ted Breck abandonó el establecimiento y, deteniendo un «taxi», ordenó al chófer:

—Al Waldorf.

Quince minutos más tarde, el vehículo se detuvo en la Quinta Avenida, entre las calles 33 y 34. Después de abonar el importe del recorrido, Ted penetró en el soberbio edificio de dieciséis pisos, el más famoso hotel del mundo, siendo saludado por el *maître.*

—Hace un momento han traído una carta para usted, señor.

—Gracias.

Con semblante preocupado, Breck se encaminó al largo mostrador.

—Habitación cuarenta y cuatro.

De un casillero le entregaron un sobre. Incapaz de contener su

impaciencia, le rasgó. Al leer su contenido, sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Con paso rápido, para que nadie reparara en su emoción, se dirigió al bar.

—Un doble de *cognac*.

Apuró el licor de un sorbo y, luego de depositar un billete junto a la copa, fue a uno de los ascensores, que le condujo a la planta segunda.

Caminó como un autómata hasta su habitación y una vez en ella cerró a su espalda. Al saberse sólo se desplomó en un sillón del tresillo del cuarto inmediato a su dormitorio. Toda la entereza y el dominio que Ted ejercía sobre sí mismo no consiguieron evitar que prorrumpiese en sollozos, igual que una criatura.

Tardó unos minutos en serenarse. En pie ya, descolgó el teléfono, diciendo a la encargada de la centralita:

—Necesito poner un telegrama. Su texto es una sola palabra: «Gracias». Va dirigido al doctor Persons, Hospital Inglés, Sydney, Australia. Cargue en cuenta su importe… Sí, señor Breck.

Depositó el auricular en la horquilla y extrajo el diamante de que acababa de apoderarse examinándolo con triste expresión.

—Ya no me sirves para nada —habló, como si la piedra pudiera entenderle.

Con la masilla, lo pegó en la parte posterior del armario de su dormitorio.

Absorto en sus tristes pensamientos, Ted permaneció inmóvil unos minutos. Después, se puso un *smoking* de impecable corte y, con un suspiro, descendió al amplio *hall* del Waldorf pidiendo un coche a uno de los botones.

¿Por qué, una vez consumado el robo, iba a buscar a Janet Hogan?

Miró a través de la ventanilla el enorme tráfico del puente de Brooklyn, el más grande del mundo y el primero construido con cables de acero. Por sus dos vías férreas circulaban los trenes a vertiginosa velocidad y en el gran camino central para peatones se apelmazaba el público, ajeno al maravilloso espectáculo que ofrecía el East River, en el que pululaban cientos de embarcaciones, predominando los *ferry-boats* y los vapores denominados «palacios flotantes» que enlazan Nueva York con Boston, West Point, Albany

y Catskill.

Ya en el Municipio de Brooklyn, el automóvil cruzó varias Calles, penetrando en la Avenida Flatbush. Al fin se detuvo ante una casa en cuyo número había una placa con el número 245.

Preguntó al portero por el departamento de la señorita Hogan y en el ascensor subió al sexto piso.

Apenas pulsó el timbre de la puerta, ésta le fue franqueada. Janet vestía un lujoso traje de noche azul, con adornos en blanco, que se plegaba de modo perfecto a su cuerpo escultural. Al verla, Breck no pudo contener una exclamación admirativa:

—¡Preciosa!

—Gracias, muy amable.

—No. Sincero. Sólo le falta un detalle, fácil de subsanar.

—¿Cuál?

—Unos pendientes de oro. ¿Quiere aceptar los míos?

La muchacha dudó, no sabiendo si enfadarse o agradecer la oferta. El breve diálogo se desarrollaba en el pasillo. Janet inquirió:

—¿En calidad de préstamo o de regalo?

—De regalo, naturalmente. Después de haberlos lucido usted nadie iba a ser digno de hacerlo. ¿No me invita a pasar?

Janet sonrió, respondiendo:

—Es demasiado peligroso, pero entre.

Detrás de la muchacha, Ted siguió un corto pasillo que desembocaba en un *living*.

—En ese mueble encontrará botellas.

—Gracias. Vive bien para ser una empleada.

—Percibo el cinco por ciento de los beneficios. A propósito. ¿Me obsequia con los pendientes para no perjudicarme en la pérdida del diamante?

Breck sonrió con cinismo, inquiriendo a su vez:

—¿Está segura de mi culpabilidad?

—Sí. Mentiría si afirmase lo contrario.

—¿Y no le importa cenar conmigo? ¿Qué pretende?

—Averiguar el procedimiento de que se valió para burlarnos a todos, incluso a la policía.

Sin esperar respuesta, Janet salió de la estancia. Ted se sirvió una copa de ginebra, algo desconcertado por la sinceridad de la joven.

Janet se le reunió, moviendo la cabeza con coquetería.

—¿Le gustan?

—¿Sus ojos?

—No, los pendientes.

Breck simuló abstraerse y se acercó mucho a la mujer.

—No están mal. Se ve que los compró un hombre de buen gusto. ¿Le conoce?

De nuevo Ted hubo de admirar la inteligencia de su interlocutora, quien, serenamente, contestó:

—Hasta cierto punto, no. Le encuentro entristecido.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Por sus labios. Se contraen de una manera especial. Cuando murió mi madre, yo también reía como usted. ¿Qué le sucede?

Breck dudó unos minutos.

—Aún no llegó la hora de las confidencias. ¿Dónde le parece que vayamos? ¿A un *cabaret*?

—Frecuento el «University».

—¿Posee título universitario?

Ella le respondió con agudeza:

—No es la hora de las confidencias. ¿Me prepara un *cocktail*?

Breck sirvió a Janet. Se reprochaba haber ido demasiado lejos. Hallábase ausente, evocando amargos recuerdos, en notoria inferioridad con la muchacha. Le asustó quedarse en el hotel, terrible, angustiosamente solo.

Ella bebió en silencio.

—¿Vamos ya?

Salieron y en un taxi se dirigieron al «University». En la esquina de la calle Court con la de Sigourne un camión de transporte les obstaculizó el paso. Breck, que miraba al exterior por una de las ventanillas, observó que tres individuos se les aproximaban con las manos hundidas en los bolsillos laterales de la americana. Algo le gritó que corría un peligro mortal y, dejándose llevar por el impulso, abrió la portezuela del lado contrario, empujando a Janet fuera del coche. Saltó tras ella. Lo hizo a tiempo. Varios disparos sembraron el pánico entre los transeúntes que deambulaban por las anchas aceras.

En la mano derecha de Ted, como por arte de magia, apareció una automática y su dedo índice se curvó en el gatillo abatiendo a

dos enemigos. El tercero optó por huir.

Antes de que la joven se repusiera de la sorpresa producida por el criminal ataque, Breck la ayudó a ponerse en pie. Aún empuñaba la automática, con la que encañonó al taxista.

—Arranque a toda marcha.

Como el interpelado dudara, Ted le golpeó en la sien con la culata del revólver, situándose en el puesto del conductor.

—¡Suba, Janet!

Apenas cerró la joven la portezuela, Breck imprimió al automóvil gran velocidad mientras sonaban a sus espaldas las sirenas de la Patrulla Móvil.

En la fuga, Ted alcanzó la Avenida Myrtle, por la que llegó al puente Williamsbur. Ya en Manhattan, se detuvo en la Avenida Columbia.

Descendió del taxi y, con Janet, caminó por la calle Rivington, confundiéndose con la multitud que se dirigía a sus casas o a los centros de diversión.

—¿Muy asustada?

—No. Le quieren mal en Nueva York.

—¿A mí? Se equivoca. Nadie me conoce. Habitualmente resido en Chicago. Aquellos hombres pretendían matarla a usted. ¿Por qué?

El silencio fue la respuesta. En el ferrocarril eléctrico subterráneo se trasladaron a las inmediaciones del club «University» haciendo a pie el resto del recorrido.

La gran sala de baile del local rebosaba de un público ansioso de ahogar sus preocupaciones entre música y *champagne*.

Un camarero les condujo a una mesa situada junto a la pista de baile. Ted pidió una botella de vino espumoso y encendió un cigarrillo, no sin antes ofrecer su pitillera a Janet, que denegó con el gesto.

—Ha matado usted a dos hombres.

El comentario parecía una acusación. Breck, sin desconcertarse, replicó:

—No es la primera vez que salvo mi vida a costa de la de los demás. Actué en defensa propia.

—¿Por qué no se quedó a responder de los hechos?

—Por no comprometerla.

La orquesta interpretaba un vals. La dulce melodía contrastaba con la dureza del semblante de la muchacha, cuyos ojos adquirieron metálico brillo.

—¿Quién es usted?

—Me sorprende su pregunta. Creí que me había calificado de ladrón de guante blanco.

—Ésos no van armados ni reaccionan de la forma en que lo ha hecho. ¿Cuál es «su verdad»?

Ted frunció el entrecejo.

—Es muy inteligente, Janet, y sabe desviar la conversación. Si no quiere confiarse a mí, no lo haga. Puedo protegerla. Por grande que sea su valor y su astucia una mujer es presa fácil. ¿Se sonríe?

—Sí. ¿Su interés por mí es… «profesional»?

—No la entiendo.

—Demasiado. ¿No me invita a bailar?

—Con sumo gusto. La idea de abrazarla, aunque sea con música, me produce un agradable cosquilleo. ¿Nunca se enamoró?

—No tuve tiempo de pensar en ello.

Conforme danzaban, Breck reparó que un hombre de porte distinguido seguía todas sus evoluciones. Se previno. Era probable que se tratase de una venganza de Bratiano.

Pareció haber evocado al joyero con el pensamiento. Lascar, en ese instante, penetraba en la gran sala del club. No tardó en descubrir a Ted y a su empleada y, rechazando los obsequiosos servicios de un camarero, aguardó a que terminara la pieza musical, dirigiéndose a la mesa de los jóvenes.

—¿Me permiten acompañarles?

—¿Pese a la diferencia de clases? No se altere. Si Janet no se opone, acomódese. Me agrada su sicología. Brusca y humilde a un tiempo. ¿Una copa?

—Gracias.

Bratiano se sentó y hubo un breve silencio, roto por la muchacha.

—¿Cómo le dejaron entrar?

—Soy socio. En mi patria era profesor de química, como usted.

Ted, siempre burlón, sin dominar por completo la tristeza que le embargaba, se encaró con la joven.

—¡Increíble! Una mujer tan hermosa no puede haber estudiado

ciencias exactas. Su belleza, al menos, es abstracta. No me atrevo a asegurar si sus ojos son más tentadores que su boca o si su cintura es igual a su garganta. ¡Un químico!

—¿Le decepciona?

—Sí. El señor Bratiano tiene cara de… trigonometría y en él no me extraña. Le voy a proponer un problema. Usted es una mujer. Si nos casáramos…

—No continúe —le interrumpió ella—. Parte de una base falsa. ¿Iba a referirse a los posibles hijos?

—En efecto.

—No llegarán, al menos suyos. No me agrada su… aspecto. ¿Qué oculta su misteriosa personalidad?

El diálogo se desarrollaba con absoluto olvido de Lascar, quien había encendido un cigarrillo. Breck vigilaba de vez en vez al individuo que desde la puerta, en apariencia distraído, no cesaba de mirarles.

Bratiano propuso a Janet que bailase con él. La joven accedió. Ted vio que el joyero hablaba vivamente, sin que la muchacha le respondiera. Le supuso celoso y sonrió sarcástico. Él no podía amar a nadie. Su existencia estaba consagrada a…

—Señor, un caballero pregunta por usted en el vestíbulo.

—¿Por mí? ¿Estás seguro?

El portador de la noticia, un botones de gesto pícaro, repuso:

—Por completo. Me ha dado cinco dólares.

Breck se incorporó.

—Vamos. Siento curiosidad por conocer a ese señor. ¿Es alto, bajo, delgado, gordo…?

Hablaba sin esperar respuesta. Siempre que un problema le acongojaba, comportábase del mismo modo. En el amplio *hall* sufrió un vivo sobresalto.

—¿Usted? Hace una hora le envié un telegrama. ¿Cómo adivinó que me hallaba aquí?

—Fui al Waldorf y, no encontrándole, hice una visita al director del hospital Lyingin, de la Segunda Avenida, quien me invitó al club. Al distinguirle en unión de una mujer estimé prudente abordarle en privado para transmitirle el último mensaje de Catherine. ¿Recibió mi carta?

—Hace unas horas. ¿Le extraña verme en un sitio de diversión?

—Sí. ¿Quiere acompañarme a mi coche? Charlaremos con más calma. Discúlpese con su amiga. Tardaremos apenas quince minutos.

—No es necesario, doctor Persons.

Salieron del club y en el interior de un moderno automóvil guardaron unos minutos de silencio, rotos por Ted.

—Usted dirá. ¿Es suyo el vehículo? ¿Cómo se decidió a venir desde Australia?

—Me han invitado a pronunciar varias conferencias. Por eso no le di amplios detalles en mi escrito. Esperaba hablarle personalmente. El «Cadillac» lo tengo a prueba y tal vez me decida a comprarlo. Llegué hoy por la mañana.

—¿Por qué no me abordó en la mesa?

—Resultaba difícil hablarle de Catherine en compañía de otra mujer. Ella murió repitiendo su nombre.

—¿Fue larga su agonía?

—No. Llegué a tomarle cariño. Era mi enferma predilecta. No bien se hubo marchado usted, empeoró. No me dio tiempo a avisarle. Fue una lástima.

Douglas Persons, del hospital inglés de Sydney, inclinó la cabeza, dejándose ganar por los recuerdos. Breck asombrado por tal muestra de dolor, le preguntó:

—¿La amaba también?

—Sí. Ahora no me importa decírselo. Llegué a quererla con toda mi alma.

Relampaguearon los ojos de Ted, el cual, con *paisa* poco firme, encendió un cigarrillo.

—¿Lo sabía ella?

—Nunca se lo dije. Para Catherine no había más hombre que usted. No quise turbar la paz de su alma. He alquilado un departamento en el número cuatrocientos cincuenta y ocho de la avenida Carlton. Allí tengo los objetos de uso diario de la enferma. ¿Cuándo puedo entregárselos?

—Ahora mismo.

—Imposible. Me espera en el club el doctor Corrigan. Me retiraré sobre las tres de la madrugada. ¿Le imparta acudir a esa hora? No defraudará a la bella joven que le acompaña.

En la última frase de Douglas Persons se adivinaba un reproche.

Breck, áspero, contestó:

—Mucho le agradezco sus atenciones con Catherine, pero no considero oportuno que se erija en juez. Sé bien lo que hago.

—No quise molestarle.

—Perdone mi brusquedad. Iré a su casa.

Penetraron de nuevo en el club, en el que la animación era mayor conforme avanzaba la noche. Lascar y Janet, que conversaban animadamente, se callaron al ver acercarse a Breck, que autorizó, burlón:

—Prosigan. ¿Hablaban de negocios?

—Estudiábamos la forma de enjugar la pérdida del diamante —repuso Bratiano.

—Les daré la clave. Suban quinientos dólares cada alhaja. ¿Lo hicieron ya? —Miró con desafío al joyero—. No me explico cómo está aún vivo.

—¿Por qué? ¿Me amenaza?

—Con su carácter impetuoso debieron fusilarle los rusos por rebelde.

—Huí antes de que fuera tarde. ¿Le importa mi pasado?

—Hasta cierto punto nada más. ¿Es partidario de las opiniones sinceras?

—Sí.

—Nos estropeó la noche. Janet y yo pensábamos divertirnos.

Ted adelantó la barbilla en su característica actitud de combate. La mujer le contempló con extrañeza, asombrada de las bruscas reacciones de su acompañante. No sabía que en el alma del hombre se agitaba un mundo de pasiones. Dijo:

—El señor Bratiano goza de mis respetos. No debe insultarle en mi presencia. Si tuviera que elegir entre usted y él…

—Me elegiría a mí, naturalmente —repuso Breck—. Somos compatriotas y entre nosotros, aunque se esfuerce en negarlo, existe una mutua compenetración. ¿Qué hace?

—Marcharme. Su impertinencia me enoja.

—Discúlpeme. No es sólo su jefe quien posee nervios. ¿Me permite que la lleve a casa? Procuraré enmendar mi descortesía.

Janet Hogan sonrió.

—Me agrada más así, Ted. ¿Se queda, Bratiano?

—No. He traído mi «Ford», que les ofrezco.

Breck hizo una seña al camarero para abonarle el importe de lo consumido y, en unión de la muchacha y de Lascar, alcanzó la calle montando en un automóvil negro, cuya portezuela abrió el dueño de la joyería de Cedar Street.

—Puede sentarse a mi lado, señor Breck.

—Prefiero ir atrás con Janet.

Ted miró por el espejo retrovisor. Dos hombres, en uno de los cuales reconoció al que le estuvo vigilando en el club «University», subían a un «Chevrolet». Apretó las mandíbulas con ira.

Lascar puso en marcha el vehículo, que arrancó por Manhattan, dirigiéndose a Broadway Avenue. El automóvil iba a moderada velocidad, debido al numeroso tráfico.

Ya en el Municipio de Brooklyn, al que pasaron por el puente del mismo nombre, dirigiéronse a la avenida Flatbush. A la altura del Parque Prospect, el automóvil perseguidor aumentó la velocidad, situándose a unos quince metros del «Ford». Ted, dispuesto a la acción, no comentó nada con Bratiano ni Janet, que fue la primera en descender junto a su domicilio. Cruzó la acera con paso rápido, penetrando en el abierto portal. Lascar, que buscaba en sus bolsillos, comentó:

—Han debido caérseme las llaves. Espéreme arriba.

Los labios de Breck se dilataron en una sonrisa cruel, que el joyero no observó.

—Como mande.

Abrió la portezuela, saliendo del «Ford». Apenas lo limbo hecho, se arrojó al suelo, protegiéndose en una de las aletas, al tiempo que una granizada de balas silbaba, sobre su cabeza. En su diestra surgió la automática que nunca le abandonaba. No pudo usarla porque el «Chevrolet» del que partiera la agresión se perdió a lo lejos.

—¡Vamos tras ellos! —gritó Bratiano.

—No merece la pena —fue la respuesta de Ted.

El joven se encaminó a las habitaciones de Janet, que le esperaba en el largo pasillo.

—Me ha parecido oír disparos —dijo.

—Sí. Han vuelto a intentar asesinarme.

La muchacha palideció. Lascar entraba en ese momento.

En el confortable cuarto de estar reinó el silencio mientras la

joven preparaba unos combinados, que ofreció a los dos hombres.

—Beban. ¿Cómo fue eso, Breck?

—De una manera burda. No prosperarán esos asesinos. Adiviné sus intenciones en el club.

—¿Cómo no nos avisó?

—Ustedes no corrían peligro. Al parecer sólo les estorbo yo.

Janet Hogan opuso:

—Afirmó que era a mí a quien intentaron matarme la vez primera. ¿Por qué cambió de opinión?

Ted giró la mirada en torno suyo, examinando con curiosidad la habitación, en la que la sencillez no lograba disimular el lujo. Se levantó para examinar un artístico reloj de bronce de gran tamaño, situado en uno de los rincones, sobre un pedestal de mármol. Estaba parado en las doce.

—Magnífica joya.

—La heredé de mis padres. Tiene la maquinaria estropeada.

—Es una lástima. ¿Por qué no lo manda reparar?

—Eso mismo le aconsejé varias veces —intervino Bratiano—. ¿Por qué me ocultó, Janet, que atentaron contra su vida?

—Porque no era así y lo corroboran las palabras del señor Breck. ¿Me equivoco?

—No. Al parecer soy hombre importante. Emplearé las mismas armas que mis cobardes y desconocidos enemigos. Los exterminaré. Me agradaría saber la causa de las agresiones. No vacilaría en pactar para que me dejasen vivir en paz. Si supiera su identidad, me entrevistaría con ellos. ¿No puede ayudarme, Lascar?

El aludido se recostó aún más en el butacón en el que se había sentado.

—No. ¿De qué forma iba a hacerlo?

—¡Quién sabe! Reside hace tiempo en Nueva York y conoce a mucha gente.

—No trato con forajidos. Bueno…, no trataba.

La sonrisa despectiva del rumano se borró en su rostro como por encanto. Breck cogiéndole por la americana, le levantó de la butaca propinándole un formidable *uppercut*. El joyero cayó como un fardo, sin conocimiento.

—¡Bruto! —Le insultó Janet, abalanzándose hacia él.

Ted, que no había perdido la serenidad, la inmovilizó entre sus

robustos brazos, besándola en la boca. Ella le mordió en los labios y él, separándose, comentó despectivo:

—Me temo que sea usted peor que un escorpión.

Janet Hogan, impotente, sintió que lágrimas de ira resbalaban por sus mejillas.

—Está más bonita furiosa. Llora de rabia. Debiera abofetearla. Me contiene un último resto de caballerosidad.

—¡Usted no es caballero! ¡Es un ladrón! ¡Un miserable! Un…

—¡Calle o no podré contenerme!

La soltó. La muchacha le miró con odio.

—¡Me vengaré de usted! ¿Por qué le ha golpeado?

—¿Le ama?

—No. Le desprecio desde el robo del diamante. Debió contentarse con despojarnos y no proseguir la farsa. ¿Qué le he hecho?

—Nada, Janet. Soy un hombre primitivo. A veces no sé medir mis impulsos.

De nuevo se hizo el silencio. Lascar comenzaba a dar señales de vida. Al fin se incorporó. La tensión era extraordinaria.

—Me vengaré de usted —dijo, amenazador.

—No se haga acreedor a otro *uppercut*. Imagino que lleva armas. No le habrá sido difícil conseguir una licencia. Tenga las manos alejadas del cuerpo. No acostumbro a que nadie me gane la delantera. Me voy. Me molestaría, Janet, que guiada por el despecho, aceptara por esposo a Bratiano. Buenas noches.

Salió del cuarto y, con un portazo, abandonó la vivienda. Era temprano para visitar al doctor Douglas Persons y anduvo por Flatbush Avenue…

CAPÍTULO III

El piso del médico australiano, en la Avenida Carlton, estaba amueblado lujosamente. Constaba de varias habitaciones, a juzgar por las puertas que se abrían en el pasillo por el que Ted Breck, precedido de Parsons, avanzó en dirección a un despacho, en uno de cuyos rincones se hallaba una mesa de trabajo repleta de papeles.

—Mientras le esperaba comencé a ordenar los apuntes de las conferencias que pronunciaré en breve. Sentémonos.

Ted lo hizo en una silla y Douglas frente a él, en un amplio butacón.

—Usted dirá. Temí no encontrarle. Era tanta mi impaciencia, que no supe esperar. Son las dos y media. Si tiene algo urgente que hacer, aguardaré a que termine.

—No, Breck.

Douglas Persons sacó un pequeño envoltorio de uno de los cajones, abriéndolo. En su interior había un fino pañuelo de seda adornado con encaje, una pluma estilográfica, una flor marchita y un reloj de pulsera.

—Me rogó que le entregara la pluma con que le escribía, el pañuelo que secaba sus lágrimas y el reloj en el que contaba ansiosa las horas que mediaban de un viaje a otro. Por mi parte añadí una de las flores que yo mismo puse en sus manos después de amortajada.

En la voz del médico vibraba la tristeza de un amargo recuerdo. Breck tomó los objetos y, dominando su emoción, los contempló largamente, guardándoselos en uno de los bolsillos laterales del *smoking*.

—No sé cómo agradecérselo, Persons.

—Siendo mí amigo. ¿Me permite una pregunta? —Ted afirmó con el gesto—. ¿Por qué ingresó Catherine en el Servicio Secreto?

—¿Quién se lo dijo? —inquirió Breck, sin poder ocultar su asombro.

—Ella misma. En uno de los delirios ocasionados por la fiebre repitió las siglas de su organización. No ignora que para que ingresase en el hospital fue preciso que interviniese su embajador. Además de la anemia, que le ha producido la muerte, presentaba una herida de bala en un hombro. Me gustaría conocer el pasado de Catherine Bellew.

Ted meditó antes de contestar.

—No hay motivo para que con usted guarde el secreto. Exijo su palabra de honor de que nada de lo que escuche saldrá de sus labios.

—La tiene ya.

—La historia es breve. Debido a mis negocios, me trasladé a Sydney, conociéndola en una recepción dada por el agregado cultural inglés. Intimamos. Juntos hicimos numerosas excursiones por Australia. No quiero referirme a unos meses en los que gocé de completa felicidad. Una noche, la misma en que yo llamé a las puertas de su hospital, ella llegó a casa. Llevaba más de una semana sin verla y su aspecto me horrorizó. Sangraba. Su vitalidad había desaparecido. Me contó algo increíble. Entonces supe que pertenecía al Servicio Secreto. Había robado unos planos a un ruso que trabajaba en un pueblecito perdido entre montañas. Perseguida caminó días y días teniendo que aceptar una lucha desigual para salvar su vida. Mató al científico, quien consiguió herirla de un disparo. Aun no sé cómo tuvo fuerzas para atravesar la ciudad hasta mi domicilio. Temiendo morir, me rogó que entregara unos planos a determinada persona y que regresase a buscarla. Me opuse. Entonces me habló de armas secretas. Realicé lo que me indicaba. Al regresar la monté en mi coche, trasladándola a la clínica.

Breck hizo una breve pausa.

—Lo demás ya lo conoce. Nuestro amor fue creciendo con la enfermedad y la irremediable muerte. Usted nunca tuvo esperanzas de salvarla. Su organismo no reaccionaba ni con drogas ni con transfusiones. Siento que muriera sin estar presente.

—El destino lo dispuso así. Gracias por su prueba de confianza,

Ted. ¿Se marcha ya?

—No quiero molestarle más. Le agradezco lo que ha hecho por ella, Persons.

—Cumplí con mi deber.

Con un enérgico apretón de manos, Ted alcanzó de nuevo la avenida Carlton, dirigiéndose al «Waldorf Astoria». Tan profundamente le dominaba la pena que no intuyó el peligro.

Al entrar en su habitación le sujetaron por la espalda. Quiso resistir, pero le propinaron un golpe en la cabeza, haciéndole perder el sentido.

Al recobrarlo se hallaba atado en su lecho. Notó que las pestañas tropezaban con un obstáculo y continuó sumido en tinieblas.

Escuchó ruido de cajones y una voz bronca…

—Se mueve.

—Mejor. Quizá él pueda decirnos dónde guarda lo que nos interesa. —Breck oyó pasos que se acercaban—. Queremos encontrar tu libró de claves.

—No sé de qué me hablas —contestó serenamente Ted—. Me gustaría verte la cara.

—No tengo inconveniente.

Le arrancaron la venda de los ojos. Ante Breck se hallaba un individuo de rostro brutal. Otro, de espaldas, registraba el armario. En la habitación contigua un tercero paseaba, viéndosele únicamente media pierna.

—¿Sois vosotros los que intentasteis suprimirme?

—Sí. El jefe ha cambiado de idea y quiere que vivas… por lo menos hasta que sepamos cuál es tu juego.

—¿El mío? Vender tres mil borregos adquiridos en Australia. ¿Por quién me habéis tomado?

—Por un agente del Servicio Secreto.

Breck rió suavemente para romper después en una sonora carcajada.

—¡Yo un espía! Es lo más divertido que me ha ocurrido nunca.

—Te delató uno de tu promoción. Obtuviste el número uno en el «arte del fingimiento».

Las pupilas de Breck se iluminaron con un extraño brillo. Repuso:

—Me parece inútil que siga negando si estáis tan seguros. Es la

primera vez que oigo hablar del Servicio Secreto.

—¡Mientes! ¿Y Catherine?

La afirmación y la pregunta habían surgido del cuarto inmediato. Ted no pudo reconocer la voz, que sonaba igual que si hubiera sido pronunciada a través de un micrófono.

—Mi novia ha muerto. ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

La misma persona, con idéntico tono metálico, contestó:

—De sobra lo sabes. Os vigilamos en Australia. No pensamos matarte… Hemos recibido órdenes en contrario.

—¿De quién?

—No te importa. ¿Encontrasteis algo?

—Un diamante —repuso el que buscaba en el armario—. Estaba pegado en la parte posterior. Parece bueno.

—De no serlo no lo tendría tan escondido.

Mientras se desarrollaba el diálogo, Breck pensaba quién podía ser el traidor al servicio de la organización a la que perseguía y en cuya lucha cayó Catherine. ¿Por qué no le asesinaban?

Sonó el timbre del teléfono y los dos hombres que había en la habitación se miraron.

—¿Contestamos, jefe?

No obtuvieron respuesta. Los desconocidos, tras consultarse con la mirada, salieron de la alcoba, dejando solo a Ted, que oyó cerrarse la puerta que comunicaba con el corredor del hotel.

Respiró tranquilo. Pese a las afirmaciones hechas por sus enemigos en el sentido de no arrebatarle la vida, supuso que se trataba de un truco para obligarle a decir lo que estaba dispuesto a callar aunque le sometieran a las más atroces torturas.

Le resultaba duro creer en la delación de uno de sus camaradas. Pero… ¿cómo averiguaron que obtuvo el número uno en la asignatura de fingimiento?

Dejó de sonar el teléfono.

Su imaginación, habituada a resolver los más difíciles problemas, se esforzaba en hallar una respuesta lógica. Reconstruyó los hechos.

Desde que empezaron las hostilidades en Vietnam, habían desaparecido de las cajas fuertes del Departamento de Estado planos relativos a unas minas magnéticas retardadas, de eficaz empleo por sus especiales características.

El Servicio Secreto no ignoraba que una fuerte organización de espionaje trabaja con éxito en los diversos Estados, sin que la Policía Federal consiguiera descubrirla. Debido a ello, encargó de tal misión a dos agentes, quienes se reunieron en Australia, uno de los puntos en el que se sospechaba tenían instalado su cuartel general los miembros del servicio de espionaje extranjero.

Mintió a Douglas Persons porque la prudencia le dictaba proceder así. El y Catherine esforzáronse en hallar una pista. La muchacha cayó herida tras una fatigosa marcha. Breck la acompañaba y pudo salvarla eliminando a los hombres que les tendieron una emboscada en los Montes Azules, en las proximidades de una emisora de onda corta que transmitía noticias a China. Su misión tuvo éxito, pero meses después expiraba Catherine, y…

El timbre del teléfono interrumpió sus reflexiones. Sin duda se trataba de un aviso urgente cuando la telefonista insistía en despertarle.

Forcejeó con las ligaduras y su asombro no tuvo límites al conseguir desatarse sin dificultad. Pensó que le hicieron los nudos de manera que pudiera soltarlos. A sus agresores no les interesaba que se diese publicidad a su intrusión en el hotel y para ello nada mejor que facilitar la libertad de Ted sin que intervinieran los empleados del «Astoria».

El agente del Servicio Secreto tomó el teléfono.

—¿Quién llama?

—Lascar Bratiano. Le hablo desde una cabina pública. Quisiera verle.

—¿Para qué?

—Por el placer de que cambiemos unos puñetazos. No soy hombre que resista una afrenta sin intentar cobrarme. La Bahía Gowanus es un sitio solitario. ¿Le dará miedo acudir?

—No es preciso que estimule mi amor propio. ¿Qué hora marca su reloj?

—Las cuatro menos diez.

—A la media estaré en el lugar indicado, en el muelle tercero. ¿Le parece?

Colgó, con una extraña sonrisa, y marcó un número.

—¿Inspector Fulton? Aquí Breck. Óigame sin interrumpirme. No dispongo de mucho tiempo.

Habló durante unos minutos y abandonó el soberbio edificio del «Waldorf», tomando un taxi en la Quinta Avenida, que le trasladó a Thirtythird, a través del túnel que une Manhattan y Brooklyn.

Las sospechas que le condujeron al establecimiento de Bratiano se consolidaban. Era indudable que el joyero le había tendido una emboscada. ¿Para qué? ¿Acaso sus hombres no le tuvieron a su merced en el «Waldorf»? ¿Iba a resultar Lascar inocente?

Abonó al chófer el importe del recorrido. Pronto amanecería.

Cruzó varios barracones, temiendo recibir un balazo por la espalda. En el cerebro del miembro del Servicio Secreto se agigantaba un mundo de encontradas ideas. Si Lascar era culpable de los dos intentos de asesinato y le odiaba, ¿por qué no ordenó matarle en el hotel? En un principio creyó que el rumano era el jefe de la criminal organización. ¿Qué pensar?

—Celebro que haya sido puntual, Breck.

Se volvió. A su izquierda, el propietario de la joyería de Cedar Street.

—No le había visto, Lascar.

—Lo supongo. ¿Le ha sorprendido mi aviso…?

—Sí. ¿Quién le facilitó mis señas?

—Usted mismo. Le seguí. Tenía la intención de asesinarle, pero me faltó valor para hacerlo a traición. Le esperé oculto en un árbol de la avenida Carlton. Tan abstraído iba que no reparó en mí. Cuando entró en el «Waldorf», permanecí más de media hora junto a la catedral de San Patricio. Opté por llamarle. Insistí dos veces, hasta que cogió el teléfono. Lo demás ya lo sabe. Me insultó delante de la mujer a la que amo. Sí, tuvo razón entonces. Soy un cobarde. De lo contrario, le hubiese matado. Estoy decidido a darle una lección que no olvidará fácilmente.

Se quitó la americana depositándola en el suelo. A través de la fina tela de la camisa, Breck pudo adivinar unos brazos musculosos.

—Le doy la ventaja de atacar primero.

—En mi juventud fui hombre de acción. La guerra y la miseria me abatieron. Vivía en paz hasta conocerle a usted.

Apenas pronunciadas tales palabras, Bratiano propinó a Breck un formidable izquierdazo, derribándole.

Lascar le permitió incorporarse para, con increíble rapidez, propinar un duro castigo al estómago de Breck quien, mientras

retrocedía, se reprochó haberse confiado en exceso.

Jugó las piernas, danzando de un lado a otro, siempre perseguido por el rumano, que poseía un perfecto conocimiento de la técnica pugilística.

El agente del Servicio Secreto se vio precisado a emplearse a fondo para evitar que la lucha se resolviera en unos minutos a favor de su antagonista. Dominada la sorpresa, adoptó una táctica prudente, a la defensiva. Confiaba en cansar a su adversario. Éste, comprendiendo el propósito del hombre al que odiaba, quiso acortar la pelea, y a tal fin abrió su guardia, amenazando el hígado de Ted, quien, en un maravilloso esguince, hurtó el cuerpo y su puño derecho golpeó en una ceja a Bratiano, partiéndosela. La sangre comenzó a manar abundantemente por la herida. El miembro del servicio de espionaje norteamericano, seguro de que el inspector Fulton presenciaba el combate y deseando cambiar amplias impresiones con su jefe en Nueva York, aprovechó el breve desconcierto de Lascar para pegarle otra vez en el rostro. Bratiano retrocedió unos metros. Consideraba vencido a su rival y se daba cuenta tarde de su error. Breck le había rajado la otra ceja y la sangre le cegaba. Oyó la voz burlona de su enemigo:

—¿Tiene ya bastante?

—No. ¡Le aniquilaré!

El joyero, en un magnífico *plongeon*, se lanzó sobre Ted, derribándole. Breck notó que unos dedos se crispaban en torno a su garganta, amenazando estrangularle. La ira de Bratiano llegaba al paroxismo, a la demencia. El joyero había vulnerado las leyes del boxeo y por ello Breck no dudó en emplear el *jiu-jitsu*. Sus dedos índice y pulgar sí clavaron en los costados de Lascar, quien, con un gemido, perdió el conocimiento.

Ted se incorporó. Su camisa estaba manchada de sangre y rota por la pechera. Un hombre se le acercó:

—Mal enemigo.

—Peor ha sido la noche. Necesito su consejo. Todas nuestras sospechas se han esfumado. ¿Hay alguien por los alrededores?

—Dos compañeros nuestros. Bratiano vino solo. Acompáñeme al despacho y hablaremos despacio.

Breck accedió y, poniéndose la americana, siguió al inspector Fulton…

CAPÍTULO IV

En la habitación imperó el silencio.

—¿Nada más, Ted?

—Sí. Mi desconcierto. ¿Qué me sugiere?

—Que regrese al hotel y se acueste. Mañana verá las cosas con mayor claridad. ¿Siguen interesándole las fichas de los que le atacaron?

—Mucho. Quizá ellos me den la pista.

—Veremos si se encuentran en la Delegación de Nueva York. De no ser así, habrá que consultar a Washington. Suerte y enhorabuena. Avíseme cuando desee identificarles.

El inspector Fulton, incorporándose, dio por terminada la entrevista. Breck inquirió:

—¿Por qué me felicita?

—Ha realizado un magnífico trabajo. Recuerde los métodos de deducción y empléelos después de una ducha fría. No le doy órdenes. Confío en su inteligencia.

—Gracias.

—¡Ah! Para su tranquilidad, ordenaré que se investigue sobre Catherine. Quizá me traslade a Australia.

Acompañó a Breck a la puerta y apenas solo, se puso en comunicación con Washington.

—Aquí, Fulton. Clave número tres. Llámenme dentro de un cuarto de hora. Sí, lo tendré preparado.

Ayudándose de una agenda encuadernada en piel redactó Un mensaje familiar. Aun dentro de los Estaos Unidos, los del Servicio Secreto empleaban cifra para comunicarse órdenes de importancia, temerosos de que los agentes enemigos hubieran intervenido sus teléfonos…

* * *

Fatigado y confuso por las incidencias de la noche, Ted Breck regresó al «Waldorf Astoria» y, ya en su habitación, no tardó en acostarse. Creía que iba a dormirse enseguida, pero no fue así. Al conseguirlo, su sueño fue turbado por confusas pesadillas que no pudo recordar a la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en el amplio comedor del hotel.

A las doce y media, en un taxi, se trasladó a la joyería de Lascar. El rumano, contra su costumbre, no se hallaba frente a la caja registradora.

—Buenos días, Janet. ¿Qué le ocurre a su jefe?

—Me habló por teléfono. Al parecer, sufre una fuerte jaqueca.

—Deséele que se mejore. Vengo a…

—¿Comprar?

—No. A verla. ¿Me echará si no me gasto unos miles de dólares?

—Ya no. ¿Reconoce este diamante? Me lo ha mandado el señor Bratiano con su mayordomo. Le pido perdón por juzgarle mal. ¿Palidece?

—Un leve mareo. Me acosté y… ¿Está segura de lo que dice?

—Sí. Afirma que se lo enviaron anónimamente a su domicilio. ¿Quería de mí algo especial?

Reponiéndose de su sorpresa, Breck sonrió abiertamente. Le resultaba inconcebible tamaña torpeza en el joyero.

—Sí. Rogarle que me permita invitarla de nuevo. Yo elegiré el lugar. El «University», respetando su opinión, es aburrido. Seguramente no habrá ido nunca al barrio negro. —No me atreví.

—Hizo bien. Sin embargo, Harlem posee sitios encantadores por su exotismo. Cenaremos en un *cabaret.* ¿Me permite que me siente?

—Hágalo. ¿Le interesa comprar la piedra?

—Nos da mala suerte a los dos. El día en que nos conocimos nos convirtió en adversarios.

—¿Ya no lo somos?

—No. Daría toda mi fortuna por…

Deliberadamente dejó la frase incompleta.

—¿Por qué se detiene? —Iba a comportarme como un romántico, especie desaparecida en el país del dólar. ¿No sabe, Janet, que, por mi madre, corre en mis venas sangre italiana? En el

fondo soy un sentimental. ¿Le defraudo?

—Al contrario. Perdóneme. He de atender a esa señora que entra.

Mientras la muchacha mostraba joyas a la compradora, Ted fue pasando revista a los últimos acontecimientos. Era indudable la culpabilidad de Bratiano, pero…

Abstraído en sus ideas le sobresaltó la voz de Janet:

—Llevo más de cinco minutos mirándole, sin que lo advierta. ¿Tan graves son sus problemas?

—Sí. Usted podría resolvérmelos.

—¿Cómo?

—Quizá se lo diga luego. No la entretengo más. ¿Paso a buscarla a las siete?

—Mejor más tarde, a casa.

—No es preciso traje de noche, Janet. Llamaríamos la atención.

—Bien. Sea como dice. Le esperaré aquí.

Ted invirtió el resto del día en pasear por Central Park. Empezaba a comprender la felicitación del inspector Fulton. Sí. El misterio pronto iba a dejar de serlo.

Junto a un estanque escribió en una hoja de su «block» de apuntes los nombres de los sospechosos, que fue eliminando. Quedó uno solo: Lascar.

Fumó cigarrillo tras cigarrillo. Resultaba todo demasiado fácil. ¿Qué era lo que no conseguía apresar? Algo se le escapaba.

En la Octava Avenida compró un ejemplar del *New York Herald* y en un bar invirtió el tiempo en leer las apretadas columnas del periódico. Una noticia llamó su atención:

> «En la sala de actos del hospital Lyingin dará una conferencia en la tarde de hoy, a las cinco y media, el eminente doctor australiano Douglas Persons, que versará sobre cardiología. Existe un gran interés en los medios científicos».

Breck consultó su reloj de pulsera. Aún le quedaba tiempo. Le apasionaban los temas médicos.

En un taxi se trasladó a la Segunda Avenida. El salón de actos

del hospital se hallaba repleto de un público ansioso de escuchar la autorizada palabra de Persons, que tras una pequeña mesa hizo una seña con la mano reclamando silencio. Su voz, mesurada, cálida, pronto ganó la atención de los oyentes. Ted, acomodado en uno de los primeros bancos, observó que el conferenciante le dirigía una mirada, cual si le agradeciera su asistencia.

La lección duró una hora y fue premiada con aplausos.

El hospital había dispuesto un vino de honor en homenaje al médico australiano y en él Breck tuvo oportunidad de charlar unos segundos con Persons.

—Estuvo magnífico, Douglas. Me honro en ser su amigo.

—Muy amable, Ted. Aguarde a que termine este agasajo y cenemos juntos.

—Hoy me es imposible. Tengo un compromiso. Ya le avisaré.

—A su gusto. ¿Se marcha?

—Sí. Me gusta ser puntual.

Llegó con cinco minutos de antelación a la cita con Janet Hogan, que cerraba el establecimiento.

—No me importa hacerlo antes que de costumbre. El señor Bratiano continúa enfermo. ¿Vamos?

—Sí. Me agradaría charlar sin que nadie nos oyera. ¿Qué le parece el «Prospect Park»?

—Tranquilo y delicioso. Tomemos el «elevado». ¿Qué tiene que decirme?

—Muchas cosas.

Conversaron de temas triviales, abordando lo que a los dos les interesaba debajo del Arco del Triunfo erigido en memoria de los muertos de la guerra de Secesión, y que se alza en la entrada del «Prospect Park», en Brooklyn. Mientras caminaban por las umbrosas avenidas, Breck refirió el atentado de que fue víctima en el hotel, sin omitir su condición de miembro del Servicio Secreto.

—Por eso voy tan descuidado… Mis enemigos no quieren matarme.

—¡Usted un agente secreto! ¡Y yo le tomé por…!

Calló, no atreviéndose a continuar. Ted, que necesitaba la ayuda de Janet Hogan, prosiguió:

—Tuvo razón al juzgarme. Me apoderé de la piedra… Fue un pretexto para intrigarles a ustedes y me dio resultado. Bratiano,

juzgándome culpable, perdió varias veces el dominio de sus nervios.

—¿Sospecha de él?

—Creo que es el hombre al que busco. Pensaba restituir el diamante. Él se adelantó. Quería obligarle a que, cegado por el odio, usara su organización para eliminarme. El la ama. Le ruego que colabore a desenmascararle. Apenas nos separemos identificaré, por las fichas policiales, a las que me atacaron en el «Waldorf». Estimo importante su captura. El «tercer grado» les hará confesar hasta lo que no sepan. ¿Nos sentamos?

—Sí. He de hacerle algunas preguntas, agradeciéndole su confianza. ¿Por qué me eligió como colaboradora?

—Me precio de conocer a las personas y sé que es leal con sus amigos. ¿Puedo contarme entre ellos?

—Sí, Ted. ¿No le importa aclarar una duda? ¿Cómo se apoderó del diamante?

Breck hizo una leve pausa. La noche había caído. Los árboles semejaban gigantescos fantasmas y el silencio era roto por los lejanos «claxons» de los automóviles. El miembro del Servicio Secreto explicó el procedimiento de que se valió para la substracción, aclarando:

—Sólo se debe hacer en mostradores que tienen doble reborde. Aunque la encargada de la limpieza pase el plumero no tropezará con nada. Si se utilizan aspiradores la masilla resiste la absorción. ¿Qué le parece?

—Ingenioso. ¿Se apoderó de la piedra cuando compró los pendientes?

—Así fue. ¿Me ayudará, Janet? Hemos de desenmascarar a Lascar. No le preocupe perder su trabajo. El Servicio Secreto no la abandonará.

—¿Va a proponerme ingresar en su organización?

—No. Eso es difícil. El espionaje norteamericano, el más eficaz del mundo, recluta a sus agentes no entre los aventureros o los malhechores, como cree el vulgo, sino en las Universidades. No somos un grupo de asesinos. Se estudian los antecedentes de los futuros miembros, eliminándoles si no se les juzga aptos o de probada fidelidad. Si lo desea, lo solicitaré.

La respuesta de Janet sorprendió a Breck, por lo apasionada.

—¡No! Era una broma. Carezco de valor para tales empresas.

Olvidémonos de lo que no signifique la paz que nos rodea.

—El tributo a la paz son lágrimas y sangre. Para que América disfrute de ella es necesario que usted y yo nos sacrifiquemos. Cientos de soldados están en pie de guerra en la lucha sorda del espionaje. En Indochina, mueren miles de hombres. ¿Cuento con su colaboración?

—¿Tan importante la juzga?

—Imprescindible. La he revelado mi secreto.

Janet Hogan dudó antes de responder.

—Le ayudaré. ¿Qué he de hacer?

—Frecuentar el trato de Lascar, incluso alentarle en sus pretensiones amorosas.

—Lo intentaré. Mañana iré a verle, interesándome por su salud.

Hubo una nueva pausa. Ted adivinó que la joven pugnaba por preguntarle algo y no se atrevía a hacerlo. La animó:

—Si hemos de ser colaboradores nada debemos ignorar el uno del otro.

La joven le miró con dulzura.

—¿Frecuentó mi trato únicamente pensando en su patria?

A Breck le dolía mentir, pero era necesario.

—No, Janet. Me sedujo tu belleza. Temo que ya empecé a quererte.

Mientras tal decía clavó sus uñas en las palmas de las manos. La tuteaba deliberadamente. Ella reclinó su cabeza en el pecho del hombre.

—¡Ted!

El miembro del Servicio Secreto rodeó con su brazo la cintura de la mujer, que se estremeció al contacto. Se esforzó en que sus palabras tuvieran acento de sinceridad.

—Una vez que todo haya concluido, pensaremos en nosotros.

Callaron. La luna comenzaba a surgir envuelta en rojo fuego. En Brooklyn, denominado con justicia «el dormitorio de Nueva York», no imperaba el confusionismo de Manhattan. La ausencia de altos edificios permitía la contemplación del cielo, sin delimitarle entre moles de cemento. En el municipio residían la mayor parte de los que trabajaban en la *City*.

—¿A qué fuiste a Australia? ¿Por qué regresaste tan triste?

La inesperada pregunta sorprendió a Ted.

—Me llamó un miembro del Estado Mayor de mi Departamento para darme instrucciones concretas. En los Montes Azules residía un agente soviético que utilizaba una emisora. No pudimos capturarle, pese a nuestros esfuerzos. Cayó muerto en un breve tiroteo. En la lucha hirieron a una mujer que me acompañaba. Me molestaba confesar mi fracaso.

—Temí que estuvieses enamorado.

—No acostumbro a mezclar los sentimientos en mis gestiones oficiales. Catherine Bellew era mi camarada. Nada más.

—¿Era? ¿Murió acaso?

—Sí. Después de la cena iremos al «Opera House».

Anduvieron en silencio, del brazo, por los paseos del parque hasta alcanzar una parada de coches. Montaron en uno, despidiéndole al final de la Quinta Avenida.

—Haremos a pie el resto del trayecto.

Se internaron por callejas mal alumbradas, no tardando en llegar al corazón del barrio negro. Resultaba inconcebible que a corta distancia de Manhattan se hacinaran tan miserablemente los seres.

La temperatura era cálida y hombres y mujeres, sentados en las aceras, huían de unos hogares que, por lo reducidos, hacían inevitable la promiscuidad. Niños raquíticos correteaban por las calles, husmeando en los montones de basura a la busca de desperdicios.

El olor a suciedad era constante. Negros, con andar torpe, caminaban en dirección a las tabernas de las que brotaban risas y sones de guitarras.

—¿Muy asustada, Janet?

—No. ¿Por qué vinimos aquí?

—Para que recibas la suprema lección del contraste. Nada te sucederá.

Mulatas, de ademanes desenvueltos, ataviadas con telas multicolores, abordaban a los transeúntes. Unas eran vendedoras de narcóticos. Las otras, de sus propios cuerpos.

—¡Qué asco!

—La inmensa mayoría de esas mujeres vinieron de Puerto Rico en busca de fortuna La vida las redujo al estado en que las ves. También hay blancas que, por cometer un delito, ingresaron en la cárcel y al salir nadie les tendió una mano El hambre y la miseria

hicieron lo demás. Ya estamos cerca del restaurante.

Torcieron una calle, penetrando en un local adornado con gusto. Le ocupaban extranjeros ávidos de exotismo y aventureros y traficantes que especulaban con los vicios ajenos.

En torno a la gran pista de: baile había numerosas mesas, y rodeando el local, una larga fila de palcos que concluían en el tablado de la orquesta de negros, que interpretaba estridente música de *jazz*. Un camarero, obsequioso, se les acercó.

—¿Desean un reservado?

—Sí, y una buena cena —repuso Breck con jovialidad.

—Síganme. Les complaceremos.

Precedidos del sirviente traspusieron una cortina que comunicaba con un largo pasillo con muchas puertas en un lateral, una de las cuales les fue franqueada.

—Aquí estarán cómodos e independientes. Ahora les traigo la carta.

Janet y Ted se miraron. Se hallaban en una reducida habitación con un perchero y butacones tapizados en granate. Al fondo, un palco, en el que había dispuesta una mesa y sillas.

—¿Un mundo nuevo? —inquirió Breck—. ¿Por qué no me hablas de ti?

La muchacha, que contemplaba el detalle de conjunto del *cabaret*, no respondió Las parejas se contorsionaban en la pista en un alocado *swing*. El camarero entró, presentándoles una cartulina impresa.

—Elige tú el menú, Janet.

La aludida indicó varios platos, huyendo de las salsas. Temía a la cocina die aquel tugurio con ínfulas de establecimiento de lujo.

—Tráiganos un combinado mientras disponen la cena —ordenó Ted.

Solos en el reservado, la mujer comentó:

—Harlem no beneficia el buen nombre de nuestra patria. ¿Cómo lo tolera el Gobierno? Me habían contado historias del barrio negro, pero las creí fruto de la exageración. Ahora compruebo que se quedaron cortos. ¿No creas que fa Metropolitana haría una magnífica redada?

—Tal vez —repuso Ted— pero no les interesa. La mayor parte de los que nos rodean son confidentes de las autoridades *y* éstas les

permiten ejercer sus no muy lícitos negocios. Una compensación lógica y necesaria. Se tolera el mal menor en evitación de otros mayores. ¿Quieres que bailemos?

Ella asintió con el gesto, y minutos después apoyaba su mejilla contra la del hombre.

Danzaron sin cruzar palabra.

De nuevo en la mesa, Breck dijo:

—Me extraña que una mujer moderna se encuentre desplazada en un *cabaret*. Te advierto que son todos idénticos. Varían en el público, en la apariencia. Las joyas, los trajes de noche y las almidonadas pecheras esconden, a veces, podredumbre física.

Janet Hogan no pudo evitar una irónica sonrisa.

—Pareces un predicador.

—He aprendido muchas cosas, entre ellas el valor del arrepentimiento. Hace tres años una mujer me confesó su culpa en un delito de sangre. Había matado a un diplomático. La oí con atención. Había obrado en defensa propia y los tribunales lo reconocieron así. Meses más tarde, un hombre vino a verme. Las circunstancias le mezclaron en un turbio asunto de espionaje. Fue sincero y ya está en libertad. El y ella supieron rectificar a tiempo y son ciudadanos libres y dignos… Perdona. Me dejo dominar por los recuerdos. ¿Te he aburrido?

—No. Me interesa conocer a fondo tus reacciones. ¿Qué sucede?

Se habían apagado las luces. Breck oyó que la puerta de su palco se abría y se dispuso a la defensa. Intentó coger a Janet de la mano para protegerla. No pudo hacerlo. Alguien se abalanzó a él en la penumbra, derribándole. En el suelo esgrimió la pistola por el cañón, golpeando al que le atacaba.

—¡Ted! ¡Socorro!

La petición de ayuda partió del cuarto que daba entrada al palco. Breck, desembarazándose de su enemigo, se incorporó, para caer de nuevo gimiendo de dolor. Debieron golpearle la mandíbula con una llave de nudillos.

Transcurrieron unos minutos y se hizo la luz. En el reservado imperaba el desorden Janet no se hallaba allí.

Saltó a la pista, cruzándola rápidamente. Preguntó al encargado del guardarropa:

—¿Vio a unos hombres llevarse a viva fuerza a una mujer?

—No. De suceder, habrá sido durante la oscuridad.

Breck no escuchó completa la frase. En la calle un automóvil negro doblaba la próxima esquina. Corrió tras él, con la esperanza de encentrar algún vehículo que le permitiera perseguir a los raptores de la muchacha. Se esforzó en vano.

El confusionismo le dominaba aún cuando llegó a la oficina del inspector Fulton.

—Hola, Ted.

—Buenas noches. Siempre le encuentro a usted en el despacho. ¿No duerme?

—Apenas si me queda tiempo. ¿Novedades?

—Sí.

Refirió los últimos sucesos.

—Voy de fracaso en fracaso. ¿Podemos ver esas fichas?

—Mañana, a las cuatro, de la tarde. Espero una conferencia de Washington. Encienda un cigarrillo y hágame compañía.

Los dos hombres guardaron silencio con la mirada fija en el aparato telefónico, cuyo timbre sonó insistentemente…

El enigma continuaba en pie.

CAPÍTULO V

Acababa de despertar Ted Breck, cuando el teléfono le hizo arrojarse del lecho. Descolgó el auricular y pudo oír, desde el otro lado del hilo, una voz conocida.

—Reúnase conmigo en la Dársena Atlantic. Hay dos hombres muertos y quiero que los identifique.

—Voy enseguida, inspector.

¡Dos cadáveres! ¿Quiénes?

Se vistió precipitadamente y abandonó el hotel, trasladándose en un taxi al lugar indicado por Fulton. Despidió el vehículo a unos metros de la Dársena y, a pie, se acercó a su superior.

—Buenos días.

—No muy buenos, Ted. ¿Los reconoce?

Un agente de la Metropolitana descorrió la lona que cubría los cuerpos. Breck no pudo contener una exclamación de asombro.

—¡Son ellos!

—¿Quiénes?

—Los que me agredieron en el hotel, apoderándose del diamante. Una pista que se borra.

—Observe sus tobillos y muñecas. Los tuvieron atados. Las cosas empiezan a simplificarse. ¿No cree?

—Tal vez. Resulta increíble.

—Voy a dormir. Pienso hacerlo hasta la noche, que, como de costumbre, pasaré en vela. Acelere sus investigaciones.

—Lo intentaré, inspector. ¿Qué me sugiere respecto a la desaparición de Janet?

—Obre como mejor le parezca. Me caigo de sueño. Adiós. ¿Quiere que le lleve en mi automóvil?

—No. Daré un paseo.

Los miembros del Servicio Secreto se separaron, alejándose del escenario del crimen. De modo oficial el descubrimiento de los culpables pertenecía a la Metropolitana. Fulton partió en su coche particular y Ted anduvo despacio penetrando en un *drug* en el que desayunó con apetito.

La mañana era espléndida. Caminando sin rumbo fijo llegó a Cedar Street, frente al establecimiento de joyería de Lascar Bratiano.

Decidido, empujó la puerta. No pudo contener una exclamación de alegría:

—¡Janet! ¿Qué te ocurrió?

—Ya hablaremos luego. Hace media hora te llamé por teléfono al hotel y acababas de salir. ¿Vas a comprar algo?

—Sí; cualquier fruslería. Un dedal de plata. ¿A qué se debe tu actitud?

Ella señaló a la caja, en la que se hallaba el rumano, abstraído, al parecer, en examinar un libro de contabilidad. Su rostro, cubierto de moraduras, ofrecía un aspecto poco grato.

—¿Abrió él la tienda?

—Sí. Huí a las nueve de la mañana, aprovechando un descuido de mis raptores. Lascar ya había venido.

La voz de Bratiano sonó ronca, imperativa:

—Menos conversación, señorita. Atienda al caballero y ocúpese de ordenar los escaparates.

Janet se mordió los labios, sin duda para evitar una respuesta violenta, y puso ante Breck una bandeja.

—Mi madre tenía uno como ése. —Ted señaló un dedal labrado —. ¿Qué te debo? —Cuatro dólares. Gracias.

—¿A qué hora cierras?

—A la una.

—Te esperaré.

El agente abandonó el local. Apenas se hubo marchado, Bratiano inquirió:

—¿Es ya su novio, Janet? —Se tratan con mucha confianza.

—¿Lo dice por el tuteo?

—Sí.

—Celebro que se decida a romper el hosco silencio con que me ha recibido. ¿Le ofendí en algo? Si es así, dígame en qué para

pedirle perdón. Me retrasé porque me raptaron anoche.

—Lo dice con mucha tranquilidad.

—Aún tiemblo al pensar en ello. Ayer hice el propósito de visitarle al finalizar el trabajo. ¿Qué le ha sucedido?

—Un accidente de automóvil —repuso, evasivo, el rumano, mirando a la muchacha con el temor de adivinar un brillo irónico en sus ojos.

—Lo ignoraba. Créame que lo siento.

El tono de Janet era humilde, cariñoso. Lascar se aproximó a ella.

—Cuénteme su aventura y perdóneme la anterior brusquedad…

* * *

Breck, que llevaba una hora de espera cerca de la joyería, vio detenerse un coche de la Patrulla Móvil y descender de él a dos hombres de paisano, que se dirigieron al establecimiento. Les abordó:

—¿Qué tal, inspector? ¿Un nuevo robo?

Nevis Austen, el mismo que con ayuda de William Amity le registrara con motivo de la supuesta pérdida del diamante, le reconoció en el acto.

—Algo peor, ¿qué hace aquí?

—Espero a una guapa chica. ¿Necesitan ayuda?

—Por ahora, no. Yo que usted me marcharía lejos.

—¿Por qué?

La irónica sonrisa de Ted irritó al agente William.

—Me gustaría encerrarle.

—Usted nunca ascenderá. Se lo aseguro. Le falta tacto para tratar con caballeros.

Amity fue a replicar con violencia. Nevis se lo impidió:

—No perdamos tiempo. ¡Vamos a lo nuestro!

Penetraron en el establecimiento. El inspector, tras un breve saludo, se dirigió al joyero.

—¿Es usted Lascar Bratiano?

—Sí, señor.

—¿Reconoce cómo suya esta sortija?

—En efecto. La eché de menos hace unos días y supuse haberla

perdido. No denuncié el hecho porque no es de mucho valor. ¿Cómo supieron que era mía?

—Lleva sus iniciales y la encontramos junto a… ¿No lo adivina?

—No acostumbro a resolver acertijos —replicó el romano con sorna—. ¿Por qué no habla claro de una vez?

Nevis Austen miró inquisitivo a su interlocutor, deseoso de desconcertarle. No lo consiguió.

—Tendrá que demostrar en qué invirtió sus horas de la noche y quién le hizo esos chirlos de la cara.

—¿Con qué motivo?

—Su sortija se encontró en la mano de un cadáver, en el muelle. Antes de morir, la víctima tuvo fuerzas para, con su propia sangre, trazar un nombre en el cemento, el suyo.

—¡Usted está loco, inspector, o lee novelas policíacas! ¿Insinúa que soy un asesino? ¿Cuándo ocurrió lo que dice?

—Esta madrugada. Al parecer, el criminal disparó con silenciador. ¿Lleva armas? ¿Me deja su pistola?

Lascar palideció. William Amity, que le observaba, cambió un gesto significativo con su jefe. Dijo:

—¿No irá a decirnos que la ha perdido también? Mejor será que confiese la verdad.

—Al ir a cogerla, hoy por la mañana, no se hallaba en el cajón de la mesilla. Sin duda me la robaron mientras dormía. ¿No me cree?

—No —replicó el agente con dureza—. ¿Por qué mató a esos hombres? ¿Qué le sucede?

Bratiano había abierto los ojos desmesuradamente, cual si acabara de resolver un problema. Habló, haciendo largas pausas en su relato:

—Me extrañó que hoy por la mañana me doliera la cabeza y tuviese la boca seca. Olía raro en mi habitación… ¡a éter! Abrí la ventana para despejarme, y, duchándome, me vestí. Me sorprendió no encontrar abierto el establecimiento. Janet acostumbra a ser puntual. Ella le contará la causa de su demora. Alguien entró en casa, narcotizándome… Me arrebató la pistola.

—¿Quién? —le interrumpió Nevis Austen.

—Lo ignoro. Quizá el que nos mira a través de la luna del escaparate.

El inspector se volvió, reconociendo a Breck.

—Hágale entrar —ordenó William—. Parece que siente mucha curiosidad. La satisfará mejor oyéndonos. ¿Por qué se retrasó, señorita?

—Si no le importa, esperaré unos segundos a que entre ese señor. Así me evitaré repetir el relato. Ya lo hice una vez para satisfacer la curiosidad del señor Bratiano.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Mucho. Pronto lo comprenderá.

En el interior de la joyería, Ted comentó:

—Enternecedora reunión. ¿Se ha perdido otro diamante? ¿Me mandó llamar para detenerme, inspector?

—No —replicó, cauto, el aludido—. Sólo para pedirle ayuda. La escuchamos, señorita Hogan.

La joven refirió su excursión con Breck al barrio negro.

—Al apagarse las luces noté que me cogían por la cintura. Al principio supuse que se trataba de Ted, pero al oírle luchar grité pidiendo socorro. Una mano me tapó la boca. Me sentí arrastrada a un coche. Un hombre me hundió el cañón de la pistola en un costado, amenazándome con matarme si promovía alboroto. Le obedecí, intimidada. Fui a mirar por la ventanilla y me taparon los ojos. Cuando me quitaron la venda estaba sola en una habitación, en uno de cuyos lados había un lecho. Me acosté vestida, y agotada, debí dormirme, despertándome a las nueve de la mañana. Sobre la mesilla alguien dejó una botella de leche y unos bollos, que no probé. Un deseo me obsesionaba: ¡huir! No sospechaba que la Providencia iba a ayudarme tan pronto.

Calló, sin duda para ordenar mejor sus ideas.

—Abrí una ventana que daba a un patio. Carecía de rejas. Era un segundo piso. Decidí arriesgarme. Quizá me estrellara, pero todo antes que continuar en manos de mis raptores. En películas y novelas vi y leí la forma de improvisar una cuerda con la ropa de cama. Uní las dos sábanas, atándolas a una de las patas del lecho, que corrí procurando no hacer ruido. Practico los deportes y la gimnasia y pude llegar al suelo. El patio comunicaba con un portal, por el que alcancé la calle. Me hallaba en pleno barrio negro y corrí enloquecida. Ya en Manhattan tomé un taxi.

—¿Por qué no denunció el hecho a la policía?

—Quise solicitar el consejo del señor Breck. No creo que tenga nada que ver con el hallazgo de esos cadáveres.

—¡Quién sabe!

El inspector Nevis Austen meditó unos segundos.

—Lo mejor será que nos traslademos a Jefatura. Usted, señorita, a formular esa denuncia, para que nuestros agentes realicen una visita a la casa en que la tuvieron secuestrada. Bratiano sospechoso de asesinato, y usted, Breck…

—¿También cómo detenido?

—No. En calidad de testigo.

—Iré con sumo gusto para defender a Janet. ¿Cabemos todos en su coche?

—Sí. Yo conduciré y usted vendrá a mi lado. William, Lascar y Janet ocuparán el asiento posterior. ¿No tiene a nadie que se quede a cargo de la joyería?

—No es necesario. Confío en que se aclare pronto el equívoco.

Ayudado por la muchacha, Bratiano cerró el establecimiento. Minutos más tarde, en el automóvil policial, avanzaban por Cedar Street. El inspector, que iba al volante junto a Ted, notó que éste le tocaba disimuladamente en la rodilla. Le miró, recibiendo con los ojos la indicación de que se fijara en algo fuera de la vista de los que iban detrás. El asombro de Austen no tuvo límites al ver que Breck se quitaba un zapato y de debajo de la plantilla sacaba un pequeño carnet. Le abrió para mostrarle la fotografía. Un chirrido de frenos le demostró el estupor del hombre. El coche estuvo a punto de ser arrollado por un enorme camión.

—No se distraiga.

Guardó su credencial de miembro del Servicio Secreto y, acercándosele, susurró:

—No se lo diga a su camarada.

—No se preocupe.

Ya en la Comisaría, procedieron a ultimar los trámites legales, siendo requerido el mayordomo de Lascar.

—Procure no mentir. ¿Duerme cerca de su señor?

—No. En la otra parte de la casa.

—¿Ha sentido algo extraño en la noche pasada?

—No. Tengo el sueño profundo.

—Entonces creo innecesario preguntarle si le oyó levantarse.

—No le oí.

—Gracias, retírese. ¿Tomó nota, William?

—Sí, inspector.

—Que el señor Bratiano firme su declaración. Lo siento. Avise por teléfono a su abogado. Necesitará de sus servicios.

—¡Comete un atropello que le costará la carrera!

—Cumplo con mi deber. Pase a mi despacho, Breck.

El inspector cerró a sus espaldas tendiendo su diestra a Ted, que la estrechó afectuoso. ¿Por qué no dijo desde el primer momento quién era? Le hubiese evitado la humillación de nuestro primer encuentro.

—Era necesario. ¿Me hará un favor? Mañana mismo ponga a Bratiano en libertad bajo fianza. Hágalo de forma legal.

—Debe pedírmelo su departamento.

—Comprendo. Hablaré con el inspector Fulton. ¿Qué quiere de mí?

—¿Por qué anda detrás de ese hombre? ¿De qué se le acusa?

La sonrisa de Breck se hizo más amplia.

—Servicio Secreto. Lamento no poder darle los detalles que solicita. ¿Me creerá si afirmo que Lascar es inocente? No se sorprenda. Conozco al culpable pero no es oportuna su detención. Ante él siga considerándome un aventurero.

—Le obedeceré. Adiós, amigo.

—Hasta pronto.

Salió con Janet y, junios, comieron en un restaurante italiano. La muchacha le preguntó:

—¿Supones culpable a Bratiano?

—No sé qué decirte. ¡Camarero, más *spaghettis*!

—Son la especialidad de la casa, señor.

—Tráiganme el teléfono.

Un botones enchufó el aparato en el suelo y Ted marcó un número.

—Breck al habla —escuchó más de cinco minutos—. Gracias.

Colgó el auricular, encarándose con Janet.

—Ignoraba que fueses viuda. ¿Por qué me lo ocultaste?

La mujer se turbó, enrojeciendo.

—¿Has pedido que investiguen mi vida?

—Sí.

Ella, aún más desconcertada, inquirió a su vez:

—¿En qué?

—Me duele tu comportamiento, Janet. Yo no vacilé en confesarte mi verdadera personalidad e, incluso, te pedí ayuda. Tú, en cambio, no has tenido la nobleza de revelarme un pasado en el que me ha sido fácil calar.

Inclinó la cabeza con pesadumbre. El sirviente se acercaba con los *spaghettis*. Ted los rechazó:

—Llévenselos y póngalos en la cuenta. Perdí de pronto el apetito. ¿Qué más vas a tomar, Janet?

—Una taza de té.

—A mí, café y coñac.

El silencio fue largo, triste.

—Óyeme, Ted. Yo…

—Me dolería una nueva mentira.

—No te faltan motivos para pensar así. ¡Me cuesta tanto resucitar el pasado!

—Nada te obliga a hacerlo.

—Deseo ganar de nuevo tu estimación, ser para ti la de antes. Nací en Rumania, en Bucarest. En la guerra huí de la muerte y la miseria. Mis padres murieron en un bombardeo. Con una caravana de emigrados llegué a Nueva York donde conocí a…

Se detuvo.

—Sigue. ¿Vas a decirme que el hombre del que te divorciaste a los dos años de matrimonio se llama Douglas Persons? Él se hallaba perfeccionando estudios. Marchó a su patria para hacerse cargo de la dirección del hospital inglés. Es buen amigo mío.

—¡No!

—Sí. Ahora está en Nueva York. Vino a dar unas conferencias. ¿Aún le amas?

—¡Le aborrezco! Jamás estuve enamorada de él. Me sedujo su fama. Tarde descubrí mi error. No acepté la pensión que los tribunales me concedieron y busqué un empleo. Bratiano me lo concedió. ¿Qué más averiguaste?

A propio intento Breck hizo una larga pausa.

—Sólo eso. ¿Abrirás la joyería?

—Sí, y me pondré en contacto con Lascar. ¿Sigues necesitando mi ayuda?

—No. Las pruebas son abrumadoras. Vamos. No quiero que llegues tarde.

Abonó lo consumido y en el ferrocarril subterráneo se trasladaron a las inmediaciones de Cedar Street.

—¿Vendrás a buscarme? —preguntó ella con ansiedad.

—No me será posible. He de confrontar unos datos. Hasta mañana, Janet. Voy al hotel. Estrechó la mano de la joven, separándose. Las próximas horas iban a ser decisivas en sus investigaciones.

CAPÍTULO VI

Ted Breck apretó el paso en Eastern Parway. Con el pretexto de encender un cigarrillo miró disimuladamente a su espalda. Tres hombres le seguían desde que abandonó el «Waldorf Astoria», quién sabe si en busca de la muerte. ¿Cuándo iban a atacarle? Les daba todas las facilidades, ansioso de acción.

Reanudó el camino alcanzando las inmediaciones del cementerio Evergreens, situado entre los municipios de Brooklyn y de Queens, contiguo al parque Highland. Tenía la certeza de que sus enemigos deseaban cerciorarse de que sus camaradas del Servicio Secreto no le guardaban las espaldas. En breve se vería obligado a defenderse en una lucha a muerte, provocada por él con el propósito de corroborar sus sospechas.

Muy de tarde en tarde pasaba algún transeúnte. La circulación de vehículos era casi nula. A las diez de la noche, los que no estaban en sus casas, cara a la televisión, se hallaban en Broadway, en los teatros, cines y *cabarets*.

Breck, que calzaba zapatos de suela de goma, oía con claridad las pisadas de sus perseguidores, que acortaban distancia de forma ostensible. Era una temeridad no afrontar el peligro y Ted, inesperadamente, giró sobre sus talones mirando a los individuos, que se detuvieron, sorprendidos por la actitud de la que suponían confiada víctima.

Tras unos breves segundos de indecisión, uno de los hombres llevó su mano derecha al costado esgrimiendo un revólver de gran calibre con el que hizo fuego. Breck, con extraordinaria agilidad, saltó a la izquierda protegiéndose tras un árbol.

No entraba en sus cálculos capturar a los que intentaban matarle, sino huir, comprobadas las que él creyó erróneas hipótesis.

¡Resultaba tan inverosímil!

Los proyectiles aullaban en torno al agente del Servicio Secreto que, convencido de la gravedad de la situación, desenfundó su automática, disparando. Sus agresores se arrojaron al suelo para no ser alcanzados por las balas y Ted aprovechó la breve tregua para alejarse con celeridad. Notó una quemadura en la cabeza, cayendo. En el breve tránsito de la vigilia a la inconsciencia pensó en Catherine Bellew, pareciéndole que le llamaba desde el más allá.

* * *

Lascar Bratiano ignoraba que si se veía libre después de depositar cinco mil dólares de fianza era porque el inspector Fulton, a requerimiento de Breck, ordenó que se hiciera así.

El joyero, luego de despedirse de su abogado, se dirigió a la Avenida Flatbush. El ascensor le condujo a la plata sexta del número 245 donde residía Janet Hogan. La muchacha salió a abrirle.

—No sabe lo que celebro verle.

—¿No me invita a pasar?

—No lo esperaba, y…

—Comprendo su sorpresa.

Recorrieron el pasillo alcanzando el *living*. El gran reloj de bronce dejaba oír un claro
«tic-tac».

—Ignoraba que tu hubiese mandado reparar —dijo Lascar.

—Usted y Breck me animaron a hacerlo.

Bratiano se sonrojó recordando la humillación que Ted le infligiera en aquel mismo cuarto.

—Temí que él la acompañara. ¿Soy presuntuoso al suponer que le inquietaba mi futuro?

—No. Me tendió la mano en un momento difícil y le estoy agradecida.

—¿Sólo gratitud? Vine decidido a obtener de usted una respuesta afirmativa sobre algo que constituirá para mí la felicidad o la desgracia. ¿Quiere casarse conmigo?

La muchacha vaciló.

—¿No le importa mi pasado? Soy divorciada. Eso aquí es

frecuente pero no en nuestra patria. Le conté la verdad de mi vida al solicitar el empleo. Mi marido aún vive. —Compartiremos el futuro, Janet.

Se acercó a ella cogiéndola una mano. La mujer se apartó levemente.

—No debe añadir a la preocupación de su libertad provisional la que supone un noviazgo incierto.

—No la entiendo.

—Es mejor así. Cuando cese el torbellino de sospechas que nos envuelve tal vez podamos ser dichosos. Mientras tanto, es preferible esperar.

El rostro de Bratiano se ensombreció.

—¿Me supone un asesino? ¿No se atreve a comprometer su palabra por si la engaño?

—No, Lascar. ¡No insista, se lo ruego! Márchese.

—Venía a invitarla a bailar en el «University».

—¡Imposible!

—¿Aguarda a Breck?

—No. ¡Déjeme sola!

El joyero, con un signo de preocupación en el semblante, tendió su diestra a la mujer, que la estrechó con desgana acompañándole a la puerta. Bratiano se dirigió al ascensor cruzándose con dos hombres que llevaban subidos los cuellos de sus gabardinas. Fue tras de ellos procurando no ser visto. No se equivocó en sus sospechas. Entraron en el piso de Janet.

Preocupado y nervioso llegó a la calle. ¿Quién acumulaba pruebas para que le acusaran de asesino?

No pudo responderse y, despacio, se encaminó a su domicilio. El inspector Nevis Austen le aseguró que las balas alojadas en los cadáveres habían sido disparadas con una pistola semejante a la suya.

En su dormitorio, conforme se desnudaba, le pareció ver su automática sobre una de las sillas. La cogió nervioso. Faltaban cinco cápsulas. Metió un pico de pañuelo por el cañón sacándolo sucio de pólvora. ¿Qué hacer?

Era inocente y no debía ocultar posibles pruebas a la justicia, aunque le perjudicasen. Llamó por teléfono *a* Jefatura pidiendo comunicación con Austen, a quien refirió su hallazgo.

—Voy inmediatamente. Hace bien en comportarse con lealtad. Yo le ayudaré.

* * *

En su domicilio del número 458 de Carlton Avenue, el doctor Douglas Persons miraba con asombro al enmascarado que le encañonaba con un revólver.

—¿Cómo entró? ¿Qué quiere de mí?

—Ya lo sabrá. Ponga las manos en la mesa. Me disgustaría tener que matarle. Utilicé una ganzúa. ¿Qué hace?

—Preparo una conferencia. Soy un científico y no un *gángster*. ¿Busca dinero?

—No me interesan sus dólares. Vengo a que me hable de Catherine Bellew. ¿Qué hizo de ella?

—Esa muchacha murió de anemia progresiva.

—¡Miente! Mi dedo índice empieza a temblar en el gatillo. Vengo de examinar en Australia el cadáver de Catherine. Palidece. ¿Dónde la oculta?

El médico se puso en pie.

—Ignoro a qué se refiere. Márchese o…

—¿Llamaré a la policía? —inquirió burlón su misterioso interlocutor—. Yo soy la ley. Vuélvase. Fíjese en el cañón de mi arma. Lleva adosado un silenciador. Le llenaré el cuerpo de plomo sin que nadie se entere. ¡Obedezca!

Douglas Persons hizo lo que se le indicaba en la certeza de que iban a golpearle. No fue así.

Unas esposas le inmovilizaron las muñecas a la espalda.

—Ya puede mirarme. No me gusta perder el tiempo. Su tórax es ancho. No me disgustaría practicar en él un método de tortura consistente en perforar los centros nerviosos.

Con ademanes estudiados, el hombre, que había enfundado la pistola, esgrimió un cuchillo, rasgando la camisa de Persons. La punta del acero hirió la piel del facultativo.

—¡Cobarde!

—No malgaste sus palabras. Por segunda vez, ¿qué pasó con Catherine?

Persons se mordió los labios.

—Repito que no sé nada, pero aunque no fuese así, ni el martirio conseguiría arrancarme la verdad. Denunciaré el caso a las autoridades y el Gobierno australiano tomará cartas en el asunto. ¿Qué se propone ahora?

—Dejarle libre. Contestó a lo que me interesaba. Procure no moverse o le pesará.

El enmascarado, luego de quitar al médico las esposas, fue retrocediendo hasta salir del despacho. Douglas oyó un portazo y se asomó a la ventana. Un hombre penetraba en un vehículo, alejándose a toda marcha. ¿Cómo habría podido sospechar lo de Catherine Bellew…?

Era preciso eliminar peligrosos testigos. Cambió su camisa rajada por una limpia y, abotonándose la americana, guardó una «Browning» en uno de los bolsillos laterales.

Pensándolo mejor, no llegó a salir a la calle. Sin duda le vigilarían para seguirle. Tras asegurarse de que puertas y ventanas se hallaban herméticamente cerradas, se dejó caer, abatido, en uno de los sillones…

CAPÍTULO VII

Al volver en sí, Ted Breck ignoraba el tiempo que permaneció inconsciente. Fue a consultar su cronómetro y comprobó que le habían arrebatado sus efectos personales, incluso el tabaco. La habitación en que se encontraba carecía de ventanas y una leve claridad entraba por una estrecha mirilla de la puerta, protegida por barrotes exteriores.

«Una celda», se dijo para sí. Notó en el estómago las punzadas del hambre y asomándose al ventanillo comprobó que era de día. Esperaba ver un corredor y no un amplio patio por cuyo centro paseaba un hombre armado. ¿Dónde se hallaba? Sin duda en una finca de las afueras de Nueva York.

Estaba, sin duda, en el cuartel general de la organización que perseguía. Se alegró. Quizá conociera al jefe supremo. La idea de capturarle en un golpe de audacia le rondó haciéndole sentirse confiado en el porvenir. Se tocó la sien, en la que tenía un leve arañazo. Unos milímetros más y…

Sonó un cerrojo exterior y doble llave en la cerradura de la puerta, que se abrió dando paso a tres hombres, dos de ellos armados con revólveres. El tercero portaba una cesta con pan, frutas y una cantimplora de agua. Depositó los víveres en uno de los rincones, disponiéndose a marcharse. Breck pidió:

—Me habéis quitado el tabaco. Dadme un paquete y fósforos. ¿Vosotros me capturasteis?

—Sí —repuso uno buscándose en los bolsillos y entregando al prisionero lo que solicitaba—. Tú mismo te metiste en la boca del lobo. ¿Por qué?

—Me asusté al darme cuenta de que me seguíais. No soy un hombre de acción.

—No podrás engañamos. Sabemos que perteneces al Servicio Secreto y allí no hay sitio para los cobardes. Creo que deseabas que te capturáramos para averiguar nuestra guarida. Hiciste mal. No saldrás vivo.

—Lo supongo. ¿Sois americanos?

—Los tres de Chicago. Tuvimos un disgusto con el *boss* de uno de los Sindicatos y salimos de la ciudad encontrando este trabajo. Pagan bien y exigen poco. A las once se te permitirá salir un cuarto de hora al patio. El jefe cuida la salud de los prisioneros.

—Creí que era yo solo.

—No. Poco tardarás en comprobarlo. Vamos, muchachos.

Dejaron sólo a Ted, que comió con apetito, encendiendo después un cigarrillo.

Transcurrieron los minutos con desesperante lentitud. La puerta tornó a abrirse y los mismos individuos le invitaron:

—Sal. Procura no hacer tonterías.

Breck se dirigió al amplio patio, bajo la caricia del sol mañanero. En una rápida ojeada se convenció de lo suicida de intentar fugarse. En uno de los ángulos, que comunicaba con un ancho corredor, había un hombre con un fusil en bandolera.

Observó que los forajidos se encaminaban a otro calabozo, abriéndole, para dar paso a una mujer. Ted sintió que todo giraba en torno suyo.

—¡Catherine!

Más que un grito fue un alarido de gozo, sorpresa y dolor. Ella le miró con frialdad, sin acercársele. Estaba pálida y delgada. Breck notaba de forma sensible los fuertes latidos de su corazón. Llamó de nuevo, más despacio:

—¡Catherine! ¿No me conoces?

La mujer se aproximó despacio. En sus ojos había un aviso.

—Sí. Comprendo tu estupor. Oficialmente me suponías muerta. Por desgracia, no es así —en voz baja susurró—. No intentes abrazarme. ¡Nos vigilan!

El, a cada segundo más asombrado, contuvo el deseo de estrechar contra su pecho a la que amaba. Inquirió:

—¿A qué tantas precauciones?

—Ya te explicaré. Pretenderán averiguar si me amas para utilizarme y obligarte a delatar a tus compañeros. Es necesario que

no sospechen nuestro cariño. ¡Si vieras cómo he sufrido!

—Cuéntame tu historia.

Pasearon, bajo la vigilancia de sus guardianes.

—Douglas Persons es un miserable. Los dos hemos sido víctimas de su maldad. El me lo confesó más tarde, después de obtener lo que pretendía. La misma noche que te marchaste de Sydney, camino de los Estados Unidos, entró en mi cuarto poniéndome una inyección, según él para tranquilizar mi sistema nervioso. Fui perdiendo la voluntad. Escuchaba la voz cariñosa del médico. Más tarde supe que había sido víctima del «Penthotal». Recordé entonces que había contestado a todas sus preguntas, diciéndole incluso que tú obtuviste el número uno en todas las asignaturas de tu promoción. Amenacé a Persons con denunciarle por haber empleado el «suero de la verdad[2]» y se rió asegurándome que acababa de morir. Me ayudó a levantarme y por la ventana vi un féretro llevado a hombros por varios enfermeros.

—Es tu cadáver —me dijo—. Hace tiempo que para retenerte en el hospital mantengo en ti un débil estado físico mediante inyecciones. Mañana partirás conmigo a un lugar determinado. Vivirás mientras te considere útil.

—Le llamé canalla —prosiguió la joven—, acusándole de haberse vendido a una potencia asiática. No lo negó.

—¿Es el jefe? —le interrumpió.

—Sospecho que sí. Anteayer vino a verme advirtiéndome tu próxima captura. ¡Si te amenazan con asesinarme para que vendas a tus compañeros, niégate! No me importa morir. Prométeme que serás fuerte.

—Lo intentaré, Catherine. ¿Te cuidan mal? Te noto muy pálida.

—Es el sufrimiento. ¡Traicioné al Servicio Secreto!

—No eres responsable. El inspector Fulton ha ordenado una investigación con respecto a tu muerte. Quizá llegue a tiempo de salvarnos.

Las palabras de Breck sonaban carentes de convicción. Si Douglas Persons permitía su diálogo con la joven era porque estaba seguro de que ninguno de los dos iban a denunciarle. Un estremecimiento surcó su cuerpo. La idea de que asesinaran a Catherine amenazaba enloquecerle. Fue a contar a su camarada las averiguaciones hechas. Ella se lo impidió.

—No, Ted. Es mejor que guardes el secreto. ¿Cómo te capturaron?

Refirió su aventura omitiendo la razón por la que se había dejado prender.

—Sólo una pared nos separa, querida. Podemos comunicarnos con morse. S. O. S. será la señal de peligro. Ya vienen por nosotros. Ten valor y no te dejes engañar.

—Lo procuraré. Saberte cerca me consuela.

Les llevaron de nuevo a sus celdas. Breck sentía en su alma un júbilo inmenso. ¡Catherine vivía! Aún era posible la felicidad.

La comida fue buena y abundante. No entraba en los cálculos de Persons debilitarles. Sus planes eran otros, como pudo comprobar al atardecer.

Con alegría y temor, Breck atravesó el patio, fuertemente custodiado. Alegría por enfrentarse con la adversidad, dispuesto a vencerla. Temor porque intuía que Douglas Persons no iba a vacilar en coaccionarle con armas indignas.

Le dejaron en una habitación sin más muebles que una mesa y varias sillas. Acomodado en una de ellas, encendió un cigarrillo sosteniendo el fósforo en alto para que quien le vigilara pudiera comprobar que no le temblaba el pulso. El problema se había simplificado. Sin embargo, la situación era desesperada.

Sintió pasos a su espalda y se incorporó.

—Hola, Ted.

—Buenas tardes, Douglas. Para mi es una sorpresa verle.

—Lo celebro. Así los de su Departamento no podrán encontrarle.

—¡Quién sabe!

Hubo un largo silencio. Los dos hombres se miraron como enemigos.

—Siéntese, Breck, o me obligará a permanecer también de pie.

—Celebro que no prescinda de la cortesía. La entrevista será más grata. ¿Qué pretende? Hay muchas incógnitas que espero me resuelva.

—Lo haré con gusto. Puede considerarse como un cadáver que anda. Guardará mi secreto.

—No se confíe. Puede haber sorpresas.

—En Nueva York, quizás. En mi cuartel general, no. No pienso regresar a la Metrópoli. Esta noche se perpetrará un acto de

sabotaje, que cierra mi permanencia en los Estados Unidos. Volveré a Australia y desde allí a…

—Tras el telón de acero.

—Exacto. ¡Tire el cigarrillo! Se está quemando los dedos.

Ted se distrajo un segundo que bastó a Persons para esgrimir una automática. El del Servicio Secreto comentó:

—Era innecesario el truco. Sé que estoy rodeado y…

—Conviene extremar las precauciones con un adversario tan peligroso como usted. ¿De qué hablábamos?

—De que se había vendido al oro asiático, de que era un renegado, un asesino, un raptor de mujeres…

—¡Calle! —le interrumpió Douglas—. No pierda los nervios. A usted no le convienen las brusquedades. No debe insultar a quien está dispuesto a contestarle a todas sus preguntas menos a una.

—¿Cuál?

—Confío en que no me la formule.

Ted Breck hizo una pausa antes de comenzar el tan deseado interrogatorio…

CAPÍTULO VIII

¿Qué pretendía haciéndome creer que amaba a Catherine? Confieso que logró engañarme.

Douglas Persons sonrió.

—Quise hacer más verosímil la historia y desconcertarle. ¿Lo conseguí?

—En efecto. ¿Qué le ha impulsado a quitarse la máscara?

—Considero finalizada mi misión en los Estados Unidos. Yo fui el que le habló en el Waldorf Astoria a través de un equipo portátil de micrófono y altavoz. La llamada telefónica me hizo temer que nos sorprendieran. Buscábamos el libro de claves. Desistí pensando que no era bueno precipitarse. En un futuro usted me diría cuanto necesitase… ¡y más!

La afirmación entrañaba una clara amenaza en la que Ted aparentó no reparar.

—Le mandé el diamante a Bratiano para que, al obrar en su poder, usted supiera que él había sido el agresor. Así desvirtuaba sus investigaciones. ¿Se sonríe?

—Sí. Su treta surtió efectos contrarios. Entonces tuve la certeza de la inocencia del joyero. Me desafió en la Bahía Gowanus. Pudo matarme a traición y no lo hizo. Al identificar a los dos hombres, de cuya muerte se culpaba a Lascar, advertí que no fueron muertos en aquel sitio. Lo de la sortija y el nombre escrito en sangre era demasiado burdo. No obró con inteligencia. Le sustrajo le pistola. ¿Me equivoco?

—No. Confieso que es usted listo, aunque no tanto como para no haber caído en mi poder.

—Sí y no. ¿Es su primera pregunta?

—Puede no contestaría. No me interesa. ¿Tiene más que

decirme, Ted?

—Sí. A un… «cadáver» —acentuó el tono irónico— no debe ocultársele nada. Desde el más allá vemos el futuro. ¿Es usted el jefe?

—Eso es a lo único a lo que no responderé.

—No es preciso. Lo acaba de hacer. Sé de psicología y le catalogo como a un ser vanidoso, anormal. No halaría resistido la tentación de afirmar. Hay otra persona. ¿Por qué no me raptó en el hotel?

Persons crispó los dedos en la culata de su «Browning».

—Me lo prohibieron —contestó con voz ronca—. ¡Le aborrezco! Usted, con sus investigaciones, ha arruinado mi carrera. De no ser por Catherine, habría muerto en los Montes Azules. Ahora…

—El Servicio Secreto le ha identificado.

—Sí. Uno de sus hombres quiso arrancarme la verdad sobre la muchacha. Me resistí y cuando esperaba la tortura se marchó diciéndome que ya sabía lo que necesitaba. No puedo explicarme cuál fue mi error.

—Su matrimonio con Janet Hogan. ¿Se sobresalta? ¿No me suponía enterado?

Hubo un largo silencio. El médico australiano había palidecido.

—¿Terminó ya, Breck?

—Sí, por el momento. ¿Qué pretende de mí?

—Conocer el avance de sus investigaciones. ¿De quién más sospecha? ¿Qué compañeros le ayudan? ¿Dónde radica la oficina privada del Servicio Secreto en Nueva York? ¿De qué pruebas disponen? ¿Cuál es la clave que utilizan dentro del país? Será inútil que se obstine en guardar silencio. Poseo métodos capaces de desatar la lengua a los héroes. —Se verá obligado a emplearlos. Lo que pretende no lo conseguirá jamás.

—¿De veras?

Tanta burla reflejaban las palabras del facultativo que Breck se estremeció. ¡Si pudiera arrojarse contra el miserable! Persons, como si adivinara los pensamientos de su prisionero, se levantó dirigiéndose a la puerta en la que montaban guardia los *gangsters* a sus órdenes.

—¡Pasad, muchachos, y cubridle con vuestras armas! Si disparáis hacedlo a las piernas. ¿Me va a obligar, señor agente del

Servicio Secreto, a olvidarme de que soy un caballero?

—Resulta cómica su afirmación. ¡Usted un caballero! Peor que una alimaña.

—No siga, Ted, o…

Persons cogió su pistola por el cañón adelantando un paso. Se detuvo.

—No quiero pegarle. No me obligue a hacerlo. Con usted no es posible emplear el «suero de la verdad». No puedo conseguir el «transfert[3]». Ha de hablar espontáneamente.

—Deme un plazo.

—Sí. Dispone de unas horas para meditar. Apenas amanezca…

—¿Asesinará a Catherine?

—Algo peor que eso. Se la entregaré a mis hombres. Muchos la desean.

Ted se retorció las manos. Las pistolas le impidieron arrojarse sobre Persons. Mascullό:

—¡Miserable…!

—No, Breck. Pertenezco a una red de espionaje. Hay que obtener éxito como sea. El asesinato, la delación, la tortura… Morirán. Nadie podrá pedir cuentas a dos cadáveres. No sea obstinado. No escapará. Si ama de veras a Catherine evítele lo que la espera. No soy yo quien la condena sino usted. Tome un cigarrillo. Pese al concepto que haya formado de mí no me agradan las violencias. Ella se lo dirá si es sincera.

—¿Me permitirá verla?

—No será preciso. Los calabozos están juntos y emplearán el «morse». No olvide ese detalle.

—¿Por qué no utiliza conmigo el martirio y deja en paz a Catherine?

—Un hombre resiste mucho, máxime si se ha educado en una Academia de héroes.

—Me extraña su apreciación.

—Reconozco el valor de mis adversarios.

Persons, de desconcertante personalidad, ofreció lumbre a Ted, que aspiró el humo del cigarrillo. Se había serenado. ¿Cómo conseguir una tregua más amplia que la concedida por Douglas?

—Acepte mis condiciones. Al amanecer iré por su respuesta. Evíteme cometer un acto que nunca me perdonaría. ¡Llevadle al

calabozo! ¡Mucho ojo con él! Demostró que vale más que muchos de nosotros. Eludió dos atentados de forma increíble.

—¿Por qué variaron, de opinión, respetándome la vida? —inquirió Ted desde la puerta.

—De haber caído entonces no tendríamos ahora el placer de charlar amistosamente. ¡Hasta mañana!

Conforme regresaba a la celda, Breck se esforzó en vano en encontrar alguna posibilidad de fuga. Al sentir cerrarse la puerta tras de sí le invadió una feroz desolación. ¡Estaba perdido!

Oyó golpes en el tabique y contestó informando a Catherine de su diálogo con Persons. Ella tardó unos minutos en transmitirle tres palabras: «Hay que escapar».

Agitado. Preguntó a la muchacha la hora en que les llevaban la cena y obtuvo una réplica alentadora. Muy entrada la noche, casi a las diez.

¿Qué podía hacer sin armas? Precisaba utilizar un engaño. ¿Cuál?

Apretó la cabeza entre sus puños, concentrándose…

* * *

El inspector Fulton, que conocía el arriesgado proyecto de Breck, esperaba en vano la prometida visita de su agente para, juntos, concertar un definitivo plan que exterminase a sus enemigos. La inquietud del jefe en Nueva York del Servicio Secreto fue aumentando conforme transcurría la noche. Al amanecer se retiró a descansar despertando a las tres de la tarde. Llamó a su despacho. El telefonista, adscrito a los servicios especiales, le dijo:

—No hubo novedad.

—¿Se presentó Ted?

—No, inspector.

—Gracias.

Fulton tenía la certeza de que algo grave impidió su subordinado establecer contacto con él y, en su coche, que sacó del garage de la casa en que habitaba, se dirigió a la joyería de Cedar Street penetrando en el local, serio el semblante. Janet y Lascar le miraron.

—¿Qué desea? —inquirió la muchacha.

—Interesarme por un hombre, señorita Hogan.

Sorprendida, la joven inquirió:

—¿De qué me conoce?

—Ya es hora de que juguemos limpio. Me llamo James Fulton y pertenezco al Servicio Secreto. ¿Qué sabe de Ted?

—Nada desde que ayer se separó de mí. ¿Lo duda?

—No. Mentirme es peligroso. Acérquese, Bratiano. Oirá mejor lo que decimos. Algo y muy grave le ha sucedido a Breck. Sé que le odia, Lascar.

—Sí, pero no soy un asesino. Si me necesita para salvar a su camarada me tiene a su disposición.

—Estimo su ofrecimiento. ¿Se comportaría usted del mismo modo, Janet?

La aludida repuso sin vacilar:

—¡Claro que sí! Se deja arrastrar por los nervios. Ted no es de los que caen en una emboscada. Por favor, no me interrumpa. Sé que le han tendido varias porque en dos ocasiones, yendo conmigo, quisieron matarle. ¿En qué funda sus temores?

—No he venido a ser interrogado por usted sino a interrogarla. ¿A qué se refirieron en la última entrevista?

Janet, molesta por el imperativo tono del inspector, guardó silencio. Fulton permitió que pasaran varios minutos antes de conminarla:

—Si el lugar no le agrada podemos trasladarnos a Jefatura. Quizás allí cambie de parecer.

—¿Me amenaza? Soy ciudadana de un país libre y…

—No continúe —le interrumpió Fulton con aspereza—. Rumania es un pueblo esclavizado. Usted no es americana. Si intenta engañarme la encarcelaré.

—¡No puede hacer eso! La Ley me protege.

El rostro del inspector se contrajo.

—El Servicio Secreto no se detiene en formulismos. Afrontaré las consecuencias si éstas llegan a producirse. ¿Habla o no?

El tono enérgico de Fulton impresionó a la muchacha.

—Nos referimos a mi pasado, a mi matrimonio con Douglas Persons. Me reprochó mi reserva. Eso es todo.

—Creo que ha dicho la verdad. Escúcheme antes de que me retire. Si a Breck le ha ocurrido algo y ustedes lo saben me ocuparé

de que les procesen por encubridores. No se ausenten de Nueva York. Es posible que necesite sus testimonios.

—Por mi parte prometo obedecerle —dijo Lascar Bratiano.

—Yo también —aseguró Janet Hogan.

—Lo celebro por los dos. Buenas tardes.

James Fulton abandonó la joyería y, en su automóvil se encaminó al domicilio del médico. El portero de la casa le preguntó:

—¿A quién busca?

—Al doctor Persons.

—Marchó ayer a su patria.

Seguro de que aquel hombre no mentía, Fulton se trasladó a la Segunda Avenida, al hospital Lyingin. El director le informó que aún le faltaban por pronunciar cuatro conferencias a Douglas Persons. James justificó su visita presentándose como uno de sus amigos. Escribió su número de teléfono en una hoja de su «block» de notas, rogando:

—Si viniera por aquí haga el favor de comunicárselo a mi secretario.

Desorientado, salió del despacho. Si Persons había huido confesaba su culpabilidad. No era improbable que abandonara los Estados Unidos preso de un ataque de pánico por la visita que le hizo para conocer lo ocurrido a Catherine Bellew.

El médico colaboró en la farsa de la muerte de su agente pero convenía no descartar la posibilidad de que actuara obligado por amenazas. Resultaba increíble que un hombre de tan elevada posición se mezclase en turbios asuntos de espionaje.

¿Qué hacer para localizar a Breck?

Decidió regresar a la oficina privada del Servicio Secreto reuniendo allí a todos los hombres de su departamento. Ordenó:

—Recorran la ciudad de extremo a extremo y mantengan contacto conmigo cada cuarto de hora. Utilicen las transmisoras de bolsillo en la frecuencia acostumbrada. Es posible que en breve tengamos que emplearnos a fondo…

Los reunidos hicieron preguntas al inspector sobre los lugares frecuentados por Ted, que Fulton respondió con su característico laconismo.

—Visiten a los confidentes e «informadores».

Una vez solo, el jefe en Nueva York del Servicio Secreto

desdobló un plano de la Metrópoli, entregándose a su estudio…

Capítulo IX

El calabozo en el que se hallaba Ted Breck carecía de luz eléctrica, por lo que las tinieblas pronto le rodearon. Con los nervios en tensión, esperaba a que sus carceleros le llevasen la cena y, con ella, un farol de petróleo. Catherine Bellew le indicó tal costumbre a través de la pared, por «morse».

Ted no abrigaba muchas esperanzas con respecto al éxito de lo que se disponía a realizar. Sin embargo, era la única solución.

El minutero de la vida, tal vez el de la muerte, desgranaba, lentos, sus compases. ¡Luchar!

Miró por el enrejado ventanillo de la puerta. El patio estaba solitario y oscuro.

Se dijo que precisaba de toda su astucia para salir con bien de la suicida empresa que iba a acometer. Unos pasos lejanos le anunciaron que el momento era llegado.

Emitió las tres letras con las que universalmente se pide auxilio,

S. O. S.,

para prevenir a Catherine, y se escondió en uno de los rincones cercanos a la puerta.

Una leve claridad inundó la celda y entre un chirrido de bisagras enmohecidas por el tiempo se abrió la gruesa hoja de madera. El que portaba la lámpara extendió el brazo iluminando la habitación. Al no ver a Ted, dijo:

—¡Cuidado!

Catherine, que escuchaba a través de la mirilla, gritó:

—¡Socorro! ¡A mí!

Hubo unos segundos de desconcierto entre los *gangsters.*

—Entérate de qué le sucede, Robert. Nosotros nos ocuparemos de Breck. Prepara el revólver, Eric.

El que portaba la luz penetró el primero en el calabozo. El agente del Servicio Secreto, que esperaba tal oportunidad, se lanzó a él, escudándose en su cuerpo, mientras le descargada en la nuca un feroz golpe de *judo*. Con rapidez, antes de que el otro individuo pudiera apretar el gatillo, arrojó hacia adelante al que apresaba entre sus brazos. El llamado Eric, al ver que una sombra se le echaba encima, disparó por dos veces. Los proyectiles se clavaron en el pecho de su camarada.

Ted, sin dar tiempo a su enemigo para que se repusiera del asombro que le produjo el inesperado ataque, le golpeó en la mandíbula derribándole inconsciente. Se tiró al suelo para apoderarse de la pistola, cosa que realizó cuando Robert salía de la celda de Catherine, que fingió haberse desmayado. Los dos hombres hicieron fuego a la vez. Ted, con mortífero acierto: el *gángster*, por el contrario, erró sus disparos.

Breck cogió las armas de los malhechores y las llaves de las celdas, abriendo la de la muchacha, que le abrazó gozosa.

—No perdamos minuto. La alarma ha sido dada. Sígueme. Lo primero que harán será reforzar la centinela de la puerta y en tal dirección orientarán las pesquisas. Intentaremos capturar a Persons para que él nos facilite la fuga.

—Escuchábanse voces de mando en el extremo opuesto del patio. Ted y Catherine avanzaron a la nave ocupada por el médico australiano. Iban a penetrar en ella pero unos pasos precipitados les hicieron retroceder y ocultarse en las columnas de madera que sustentaban el porche de entrada. Douglas y dos hombres más pasaron junto a ellos sin advertir su presencia, alejándose. Breck comentó:

—Le esperaremos en su cuarto. Quizá no queden enemigos por este lado.

Subieron una escalera que les condujo al primer piso. Catherine, deteniéndose ante una puerta, anunció:

—Aquí tienen la emisora. La vi al ser conducida al despacho de Persons.

Ted hizo girar el picaporte.

—¡Cerrada! ¿Tienes una horquilla?

—Sí. Toma.

Una vez más Breck iba a bendecir las enseñanzas de su

Academia al improvisar una ganzúa. Segundos más tarde se hallaron en el interior de una habitación en cuyo fondo había un aparato de onda corta.

—Echa el cerrojo. Catherine.

La muchacha obedeció y segundos después Breck manipulaba en la palanca emitiendo un mensaje breve, que terminaba:

«Ignoro lugar nos hallamos. Localicen sonido».

A continuación, con intervalos de minutos, repitió la llamada de socorro una y otra vez. Advirtió:

—Avísame si se oyen pasos. Debemos estar lejos de la ciudad. Los secuaces de Douglas no vacilan en disparar sus armas.

—¡Suben, Ted!

—¡Quita el cerrojo!

Catherine obedeció sin disimular un gesto de extrañeza.

—Entrarán y nos…

—¡Silencio!

Los dos miembros del Servicio Secreto Norteamericano se colocaron de forma que al abrirse la puerta les ocultara la hoja de madera. El médico ordenó en el pasillo:

—¡Vigilad bien! No han podido salir. Voy a comunicar con Nueva York.

Persons introdujo la llave en la cerradura y segundos después, ajeno al riesgo, recorrió la estancia, deteniéndose. Algo le avisaba del peligro. Fue a llevar la mano a la sobaquera más una voz le inmovilizó:

—Yo que usted no lo haría. Es demasiado… peligroso. Echa el cerrojo de nuevo, Catherine.

Persons se volvió a Ted, que sonreía, seguro del triunfo.

—Usted gana… por ahora.

—Es la última partida. Póngase de espaldas. No voy a golpearle. Me interesa consciente para que impida a los suyos atacar. Emite, Catherine, mientras le desarmo.

Hábilmente, y hundiendo el cañón del revólver en las costillas de Douglas, privó a éste de su automática, cacheándole.

—Póngase en aquel rincón, de pie. Quiero vigilarle bien. Así. Me agrada su sumisión. —Sé perder. ¿Han pedido ayuda?

—Acertó.

—No llegarán a tiempo. Nos separan muchas millas de Nueva

York. Mis hombres les exterminarán.

—Moriremos los tres juntos. No acerque las manos a los bolsillos. No me ha sido posible registrarle a fondo y temo que oculte un arma de pequeño calibre.

—Iba a coger un cigarrillo.

—Yo se lo daré.

Se le acercó, ofreciéndole lo que solicitaba.

—Gracias.

—Me limito a corresponder a su trato anterior.

Hubo un largo silencio. Catherine continuaba transmitiendo el mensaje en solicitud de ayuda. Douglas se mordía los labios en un vano intento por contener la ira que le dominaba al saberse vencido. Había mentido para desconcertar a sus enemigos. La finca se hallaba en pleno campo, sí, pero a siete millas de la ciudad.

—Descansa, querida. ¿No le extraña que no le pregunte el nombre del jefe, Persons?

—Sí.

—¿Iba a comunicar con él?

—Quizá.

Breck aspiró profundamente el humo, haciendo una afirmación que sorprendió a Catherine e intranquilizó a Douglas.

—Conozco la identidad del que le manda. Se cree a salvo y no intentará huir. ¿No me cree?

—No.

—En eso estriba mi ventaja. ¿Por qué comenzó tan peligroso juego, Persons? ¿Ambición?

—No busco dinero. Mi carrera me proporciona más del que necesito. Mis padres son profesores de la Escuela de Estado Mayor del Ejército Ruso. Nací en Australia. Me entregaron a los cuidados de una agente que residía en Sidney y ella me crió ocupándose de proporcionarme una carrera. Fui a Inglaterra a especializarme en cardiología. Al regresar, obtuve por oposición una plaza en el Hospital Inglés, del que ahora soy director.

—Era —matizó sarcástico Breck—. De aquí saldrá para presidio o muerto. Continúe.

—No. Se acercan a pedirme órdenes.

Se oyeron pasos en el corredor. Ted ordenó:

—Dígales que no le molesten o vaciaré el cargador en su cabeza.

Persons sonrió enigmático. En sus ojos brillaba una luz extraña. Catherine había cesado de transmitir. El silencio fue tenso, cargado de trágicos presagios. Alguien llamó a la puerta.

—¡Douglas…! ¡Douglas!

Breck se acercó al facultativo, conminándole:

—Conteste o…

La mueca de desprecio se acentuó en el semblante de Persons al gritar:

—¡Entrad a sangre y fuego! Me han cogido prisio…

No pudo terminar. Ted le había golpeado en la cabeza con la culata del arma.

—Quítate de la línea de tiro, Catherine. Me temo que nos enfrentemos a fanáticos.

No era errónea la suposición. Una granizada de balas atravesó la madera y varias de ellas alcanzaron el aparato de onda corta, inutilizándolo. La mujer miró a su compañero, que hizo fuego.

—Hemos de economizar municiones.

Tableteó una ametralladora. Breck arrastró a Persons hasta quitarle de la zona de peligro y disparó dos veces más escuchando gritos de dolor. Las balas no se habían perdido.

Empuñó la automática que arrebatara a Douglas. Hubo una leve tregua en el combate. Sus enemigos dudaban si atacar o no. Dijo en alta voz:

—Vuestro jefe será el primero en caer.

Una lluvia de proyectiles demostró que la lucha era sin cuartel. No les serviría de nada el rehén.

Aunque Ted se esforzaba en no derrochar proyectiles, quince minutos más tarde no le quedaban más que ocho balas. Dos en un revólver y seis en otro. Catherine se le acercó, abrazándole:

—No me importa morir a tu lado, Breck.

—¡Me hacen bien tus palabras!

Un golpe hizo tambalearse la puerta, medio destrozada ya por los disparos.

—¡Han debido terminárseles las municiones! ¡Todos dentro!

Ted apuntó con cuidado a media altura y apretó una vez el gatillo. Un espantoso alarido le demostró lo certero de su puntería.

Sin embargo, la resistencia comenzaba a ser desesperada. Siete únicas oportunidades de vivir, útiles mientras les separara de los

gangsters la hoja de madera, que comenzaba a ceder.

Breck agotó un nuevo proyectil y con él una probabilidad más.

Disponía de un arma con el cargador completo. Oprimió la culata con fuerza decidido a reservar las municiones para cuando los *gangsters* penetraran en la habitación.

Un grito de Catherine le hizo volverse. Persons, que había recobrado el conocimiento, se arrojaba contra él. En sus ojos brillaba un deseo homicida.

El del Servicio Secreto no dudó. Hizo fuego a unos centímetros de Douglas. No quería matarle. Sin embargo, el médico, al moverse para hurtar el cuerpo, recibió la bala en la frente, cayendo sin un gemido. Ted se mordió los labios, pero las circunstancias le impidieron formularse reproches. La puerta era derribada y dos hombres disparaban contra él. Oprimió el gatillo con ira y vio a sus enemigos retorcerse en el aire, como muñecos de guiñol.

Catherine, con absoluto desprecio del peligro, cogió las armas de los malhechores. Un proyectil se le alojó en el pecho. Breck agotó sus municiones, mientras retiraba a la mujer que, jadeante, dijo:

—No te preocupes… por mí… Resiste…

Perdió el sentido. Ted no pudo comprobar si había muerto o no pues tres forajidos iniciaban el asalto. Uno cayó y los otros retrocedieron.

En pie, con una pistola en cada mano, Breck esperó.

Transcurrieron los minutos. Desde donde se hallaba se veían tres cadáveres. ¿Por qué no le atacaban?

Recordó entonces las palabras de Douglas Persons. «Esta noche mis hombres realizarán un acto de sabotaje». ¿Acaso eliminó a cuantos se hallaban en el cuartel general, con excepción de los que no quisieron presentar batalla?

La prudencia le salvó la vida. Conteniendo su deseo de alcanzar el pasillo, arrastró uno de los muertos de forma que asomara levemente la cabeza.

Una bala se clavó en ella, salpicando a Ted de materia viscosa. Quizá, creyendo haberle matado, se decidieron a entrar. Así fue. Dos individuos aparecieron en el hueco de la entrada. Con mortífero acierto, Breck hizo fuego, matándoles en el acto. ¿Quedaban más en la casa?

Repitió la treta sin que nada turbara el silencio. Al fin salió al

corredor. ¡Estaba desierto! Saltó sobre cuerpos en grotescas posturas. Oyó pasos precipitados que cruzaban el patio. ¡Los centinelas acudían en socorro de sus compañeros!

Regresó junto a Catherine y recogiendo las armas de los *gangsters* se dispuso a reanudar la lucha. Comprobó con gozo que, aunque débilmente, latía el corazón de la muchacha.

CAPÍTULO X

En la Avenida Lexington, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos había instalado un laboratorio para investigaciones y ensayos sobre guerra bacteriológica.

La custodia del edificio de dos plantas la realizaban miembros del Servicio Secreto, quienes, sabedores de la importancia de su misión, patrullaban por los pasillos de la residencia.

Aquella noche, como tantas otras, los agentes Webb y Hurley fumaban en el amplio portal, acondicionado para la entrada de camiones. El primero bostezó:

—Tengo un sueño terrible. Es imposible dormir en el hotel de la Séptima Avenida. Los vapores, en el Hudson, no cesan de atronar con sus sirenas. Mañana cambiaré de alojamiento.

—Da una cabezada aquí mismo.

—Gracias, Hurley. No me atrevo. Fulton no es de fiar. Ese hombre acostumbra a presentarse inesperadamente.

—A tu gusto. Son las once. A las cuatro nos relevarán. Toma un cigarrillo.

—Buen consejo, aunque tengo la boca estragada de tanto fumar.

No llegó a sacar la pitillera. Unos golpes dados en el recio portalón de madera les hicieron mirarse.

—Seguramente es el inspector —comentó Hurley—. Buen olfato el tuyo.

—Son muchos años en el Servicio Secreto. Yo abriré.

Webb se destacó, franqueando la entrada. No bien lo hizo un disparo le derribó sin vida. Hurley maldijo la imprudencia de su compañero y esgrimió su revólver, haciendo fuego varias veces. No pudo evitar ser alcanzado por una ráfaga de metralleta. Cayó de rodillas. Antes de expirar agotó el cargador de su arma, hiriendo a

uno de los agresores.

—¡Adelante!

Dos individuos derramaron bidones de gasolina por la escalera de acceso y el portal. El que mandaba el grupo ordenó:

—Al coche. Yo me ocuparé del herido.

Apenas se supo solo, empujó el cuerpo al petróleo y arrojó un fósforo en el aceite mineral. Se alzó una gigantesca llamarada.

El que había perpetrado el nefando crimen, salió a la calle montando en un vehículo cuyo motor estaba en marcha.

—¿Y Carra?

—La bala le perforó el corazón. ¡Arranca! No podemos perder tiempo.

El automóvil se perdió a lo lejos, en la esquina de la Quinta Avenida, en la que era enorme el tráfico. Atrás, el viejo caserón ardía como una gigantesca hoguera.

El coche fue abandonado en las inmediaciones del Municipio de Brooklyn y los tres hombres montaron en uno de los «palacios flotantes» que enlazan Nueva York con la costa de Nueva Jersey.

—El jefe no estará descontento de nosotros —comentó uno.

—Al contrario. Seguramente nos recompensará con un billete de los grandes. No hubo ni un contratiempo…, a no ser por Carra.

—Gajes del oficio. Bajaremos a tierra en la primera escala. ¿Habrá hablado ese «tipo» del Servicio Secreto?

—Sería estupendo que se negara. Ella me gusta y…

Rieron los tres groseramente.

La ciudad lejana semejaba un mundo fantástico. Los anuncios luminosos centelleaban, dando a las nubes bajas, que parecían enredarse en los rascacielos, un aspecto irreal.

Los malhechores se apearon en Newark.

—Alquilaremos un taxi hasta el kilómetro nueve de la carretera de Trenton.

Lo hicieron así. No bien llegaron al punto de destino, uno de los *gangsters* golpeó al chófer en la nuca.

—¡Imbécil! —le reprochó el que mandaba el grupo de saboteadores—. Contará a la policía que nos trajo. ¡Mátale!

Y entonces sucedió algo inaudito. Fríamente, el aludido, clavó un puñal en la garganta del taxista apoderándose del importe de la recaudación.

—Así le creerán víctima de un atraco.

Los asesinos avanzaron campo a través…

CAPÍTULO XI

Ante el nuevo peligro, Breck no perdió la serenidad. Cogió en brazos a Catherine, penetrando en una habitación contigua. Se hallaba, según pudo comprobar, en el despacho de Douglas Persons.

Coincidiendo con la llegada de sus enemigos al pasillo, la muchacha recobró el sentido.

—¡Ted! ¿Vinieron los nuestros?

—Aún no, querida. No tardarán.

La muchacha recorrió la estancia con la mirada.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Eliminé a todos nuestros adversarios. Nos buscan los centinelas. Son cuatro. Les vi cruzar el patio.

Se arrodilló junto a Catherine y con su pañuelo de pecho le taponó la herida.

—¡Bésame, Ted! Tengo miedo a morir.

—¡Te salvarás! La Providencia no puede abandonarnos.

Como si sus palabras hubiesen sido proféticas, se escucharon disparos.

—¡Fulton! —gritó la joven—. ¡No saigas! ¡Espérale aquí!

Pero Breck no la escuchaba. Le dominaba un ansia de exterminio, jamás sentida tan ardientemente. Alcanzó el corredor. Dos *gangsters* retrocedían.

—¡Rendíos! ¡Estáis acorralados!

La respuesta se la dieron en plomo. Por fortuna, Ted, adivinando las intenciones de sus enemigos, se habían arrojado al suelo y los proyectiles silbaron sobre su cabeza. Sin darles tiempo a rectificar la puntería, hizo fuego a su vez, eliminando a sus contrarios. Llamó en alta voz, para no recibir una bala de sus compañeros:

—¡Fulton…! No hay peligro.

El inspector apareció en el rellano de la escalera.

—¡Gracias a Dios que le encuentro! Cuando cesó de transmitir le creí muerto. —Inutilizaron a tiros la emisora.

El jefe del Servicio Secreto en Nueva York contempló los cadáveres de los *gangsters.*

—¿Usted solo?

—Con Catherine. ¡La han herido! ¡Hemos de auxiliarla!

—Calma, muchacho. Con nosotros viene un médico. Me destaqué, temeroso de una emboscada. Eliminé a un centinela.

—Llegó a tiempo. ¡Nunca estuve tan cerca de la muerte!

—Veamos a la muchacha.

En el despacho se les reunieron varios hombres, uno de los cuales, inclinándose, apartó a Fulton y a Ted, mientras abría un estuche de cuero.

Breck miró a los que le rodeaban, no pudiendo reprimir una exclamación de asombro:

—¡Usted, Lascar!

—El mismo —repuso el joyero con una sonrisa—. ¿Me creía culpable?

—No, pero tampoco en íntima convivencia con nosotros. Señor Fulton, ¿puede explicármelo?

—Bratiano lucha contra los invasores de su patria, militando como «informador» en el Servicio Secreto.

—¿Por qué no me lo advirtió?

—No era oportuno.

—Sospeché de él por vez primera al simular perder las llaves del coche en el segundo atentado de que fui objeto.

—Lo hice para advertirle. Vigilaba el automóvil que nos perseguía por el espejo retrovisor. Nos dimos una buena paliza. ¿Tuvo celos de mí? Janet…

—Formaba parte de mis planes. El culpable acumuló pruebas para perderle. Ello me convenció de su inocencia. Ahora sólo resta…

Calló. Alguien subía por la escalera. Recordó la alusión que Douglas Persons hiciera acerca de un sabotaje. Regresaban los autores del mismo. En pocas palabras advirtió al inspector de la llegada de nuevos enemigos y se dispusieron a capturarles. No les fue difícil, aprovechándose del estupor que a los tres forajidos

produjo la presencia de sus camaradas muertos, los miembros del Servicio Secreto encañonaron a los *gangsters*.

—¡Quietos, si no queréis morir!

La resistencia era suicida. Comprendiéndolo así, los malhechores se dejaron prender. Fulton comentó burlón:

—Por fortuna tenemos a quien interrogar. Usted nos había dejado sin testigos.

No pude evitarlo.

—No se disculpe, Breck. No es necesario.

Penetraron de nuevo en la estancia. El médico les informó:

—Conviene trasladarla urgentemente a un hospital.

—¿Avisamos a una ambulancia? —inquirió Ted.

—La acomodaremos en el coche que nos trajo. Ayúdenme.

—Que la lleven dos de nuestros hombres —sugirió el inspector —. Breck y yo hemos de ocuparnos de algo de suma importancia. Bratiano y usted, Logan —señaló a un agente— encárguense de los detenidos.

—A la orden.

En el despacho quedaron Fulton y Ted, que interrogó—:

—¿Qué se propone?

—Registrar la habitación en busca de datos. ¿Pensaba otra cosa?

—Sí. Ya es hora de que detengamos al criminal cerebro que nos ha tenido en jaque.

—¿Cree que escapará?

—No. Es audaz y jugará la partida hasta el último naipe.

—Entonces procedamos a lo que le indiqué. Avise por teléfono a la Policía Federal. Que vengan el juez y el forense.

Amanecía cuando los dos miembros del Servicio Secreto, con una carpeta de documentos, abandonaron el edificio. Los trámites quedaban a cargo del «Federal Bureau of Investigation».

El inspector Fulton, que conducía, dijo gozoso:

—Con los datos que poseemos bastará para apresar al resto de los componentes de la red de espionaje. ¿Dónde llevaron a Catherine?

—Al hospital Lyingin.

—Iremos allá.

A gran velocidad recorrieron la carretera de tercer orden que enlazaba con la de Trenton. Breck crispaba sus dedos en sus rodillas

en un esfuerzo por dominar su nerviosismo. Las palabras de Fulton le sacaron de su ensimismamiento.

—¿Está enamorado de esa muchacha?

—Sí.

—Pronto olvidó las enseñanzas recibidas en la Academia de Washington.

—Me extraña que diga eso. Gracias a ellas he vencido. ¡No soy un autómata ni la obediencia esclaviza mi corazón!

—El Servicio Secreto no pretende tanto.

—Sepa que si hoy lucho contra los enemigos de la paz es por Catherine.

Fulton miró unos segundos a su interlocutor, para fijar de nuevo su vista en la carretera.

—No le entiendo.

—La conocí hace cinco años, en Raleigh, en Carolina del Norte. Me sedujeron su inteligencia y simpatía. Me enamoré de ella, y una tarde se lo dije. Su respuesta fue un sollozo. La estreché en vano a preguntas. Aquella noche, no pudiendo dormir, salí a dar un paseo por las calles de la ciudad. Insensiblemente, me dirigí al hotel que ella habitaba. Fue grande mi sorpresa al verla montar en un automóvil, en cuyo techo iban varias maletas. ¡Huía! Segundos antes de arrancar abrí la portezuela del vehículo y me senté al lado de Catherine. Entonces mi vida cambió de rumbo.

Breck hizo una pausa.

—Incapaz de soportar por más tiempo mis reproches, ella me confesó que me amaba, pero que algo superior a su cariño le impedía unirse a mí. Me habló del Servicio Secreto. Los agentes tienen prohibido casarse con extraños a la organización y para hacerlo entre sí deben solicitar permiso de los superiores. Supe que convalecía de una herida de arma de fuego. Seis meses más tarde me autorizaban a ingresar en la Academia. Mis limpios antecedentes y mi conducta en la guerra me avalaron. Obtuve el número uno de mi promoción. Al salir, Catherine había partido a Alemania en misión especial y transcurrieron tres años antes de que volviera a verla. Fue en Australia, en los primeros intentos por desenmascarar a Persons y los suyos. Trabajábamos con la idea de pedir como recompensa la autorización a nuestro enlace matrimonial. Juntos aniquilamos a los que desde los Montes Azules

transmitían informes a China. Ella salvó mi vida interponiéndose en la trayectoria de una bala. El largo camino que hubimos de recorrer hasta Sydney la debilitó. Nadie confiaba en salvarla. Ignoraba la verdadera personalidad de Douglas.

Breck refirió al inspector lo que Catherine le relatara sobre el «suero de la verdad» y los procedimientos de que se valió Persons para retenerla en el establecimiento sanitario, así como el simulacro de entierro.

—Consiguió engañarme. Al conocer la muerte de la mujer que amaba, sufrí una crisis de indiferencia. Había simulado el robo del diamante, cumpliendo sus órdenes. Pensé que era necio arriesgar mi vida si el premio no era ella. ¿Sospechaba ya de Douglas, inspector?

—Sí. Mis agentes en Australia me informaron de ciertas anormalidades en su conducta. Por eso me trasladé a Sydney, exhumando el cadáver. No era Catherine, sino una pobre mujer víctima de tuberculosis. Hice una visita a Persons a mi regreso a Nueva York, enmascarado. Su turbación y su firme propósito de resistir la tortura me convencieron de la verdad. No quise detenerle para que terminase de descubrirse y tal demora pudo costarle a usted la vida.

Los dos hombres guardaron silencio. El automóvil cruzaba el puente del Hudson. Fulton siguió el camino más corto para llegar al hospital Lyingin, situado en la Segunda Avenida. Al descender del vehículo, el inspector prometió a Ted:

—Haré lo posible por conseguirles la autorización de matrimonio.

Breck no respondió. Subía de dos en dos los escalones que separaban la entrada de la conserjería. Bratiano se le acercó:

—Le esperaba. Está fuera de peligro.

—Gracias, Lascar.

—No las merece. Es usted un hombre de suerte. Yo, en cambio…

Se alejó con la cabeza inclinada, en un claro gesto de pesadumbre. El inspector le preguntó por la muchacha, obteniendo una satisfactoria respuesta.

—Si no tiene nada que mandarme, voy a la joyería.

—No olvide el aparato de cinta magnetofónica. Enhorabuena.

—Cumplí con mi deber.

Se separaron. Bratiano marchó a la calle y Fulton preguntó a

una enfermera cuál era la habitación de Catherine. Abrió la puerta del cuarto ocupado por la muchacha, a la que Ted besaba en las mejillas.

—Volveré más tarde —dijo—. Creo que ahora no soy oportuno.

—Pase, inspector, y repita a Catherine lo que me ofreció hace un momento.

—Con mucho gusto. ¿La operaron?

—No. El proyectil no está alojado en una zona peligrosa y después de hacerle una transfusión han decidido esperar. Según el médico curará.

—Lo celebro. Es la tercera vez que la hieren.

La muchacha sonrió.

—Buena memoria.

—Sí. No me será difícil conseguir lo que les preocupa si apadrino esa boda.

—Se anticipó a nuestros deseos —habló la joven—. Ted me ha revelado la personalidad del jefe de la criminal organización. ¡Es increíble!

—Opino como usted. Sin embargo, no cabe la menor duda. ¿Dónde va, Breck?

—A terminar este enojoso asunto.

Ted se había levantado. Fulton le contuvo:

—Aguarde. No se deje llevar de los nervios. En los documentos de Douglas Persons no hay nada que comprometa a esa persona. He concebido un plan. Quiero someterlo a su criterio y, naturalmente, al de Catherine.

Muy despacio, meditando cada una de sus palabras, el inspector expuso sus proyectos.

—La declaración del culpable ante testigos y su posible intento de fuga, que haré fracasar, serán suficientes pruebas condenatorias. ¿Objeciones?

—Ninguna por mi parte —repuso Breck.

—¿Y usted, Catherine?

—Tampoco. En breve dejará el servicio activo para incorporarse a la Plana Mayor. ¿Le gusta la idea?

—No. Temo envejecer revolviendo expedientes. Disponen de una hora para arrullarse. Abandonó la habitación. Ted y Catherine se miraron en silencio. El afirmó:

—Acabó la pesadilla.

—Aún no, querido. ¡Ten cuidado!

—No te preocupes y reza por mí. Tus plegarias me librarán de peligros. ¿Me quieres? —Con toda mi alma.

La llegada del médico cortó el diálogo. El facultativo tomó el pulso a la muchacha, examinando la herida. Anunció:

—La operaremos por la tarde. La intervención carece de riesgo.

El doctor dio una cariñosa palmada en las mejillas de Catherine, saliendo. Ted le siguió.

—¿Tardará en curar?

—Apenas un mes si, como espero, no surgen complicaciones. ¿Su hermano?

—No, su prometido.

Breck se reunió con la muchacha, comunicándole la noticia.

—Aún puede sonreímos la felicidad…

CAPÍTULO XII

Buenos días, Janet.

La aludida alzó los ojos del muestrario de joyas que exhibía un corredor, respondiendo gozosa:

—Hola, Ted. Fulton llegó a preocuparme —se volvió al representante, rogándole—. ¿Puede volver por la tarde?

—Lo haré con mucho gusto.

Guardó su mercancía en un maletín de mano y salió del local. Hubo unos minutos de silencio. Bratiano se aproximó a Breck.

—El inspector nos tuvo preocupados con sus amenazas. ¿Por qué ocultó su condición de miembro del Servicio Secreto?

—Una medida de prudencia. Fulton se puso nervioso.

—Así es —corroboró Janet.

—¿Y tú no te pones ahora al verme, encantadora espía?

Ella le miró sin desconcertarse.

—¿Por qué?

—Me admira tu cinismo. Voy a hacerle un favor, Lascar, si de verdad se enamoró de esta víbora.

La mujer intervino, ronca la voz:

—¿Vas a continuar insultándome?

—No te impacientes. Creíste engañarme y yo simulé ser un estúpido.

—Insisto en que no sé a qué te refieres.

Como si no la hubiera oído, Ted prosiguió:

—¡Qué pena que no aprovecharas nuestra visita al Harlem! Intentaba que confesaras tu culpabilidad. Se hubieran evitado muchas muertes, quizá la tuya también. Te conté historias de arrepentimiento para mover tu alma. ¡Persons confesó!

Janet Hogan no pudo evitar estremecerse, pero no depuso su

actitud de fingimiento.

—He sido prisionero en la finca de la carretera de Trenton. Poseo pruebas para sentarte en la silla eléctrica. El divorcio con Douglas fue tu primera coartada. La segunda, el atentado del coche. Los agresores llevaban instrucciones de respetarte. ¿Por qué cambiaste de criterio? No es preciso que contestes. Al decirte mi condición de agente del Servicio Secreto ya sospechaba de ti. Acusé a Bratiano para confiarte y te pedí ayuda con el mismo fin. Cesaron los ataques. Te interesaba conocer de mis labios el progreso de las investigaciones para prevenir a los tuyos. Te hablé de identificar a los que me atracaron en el Waldorf, a fin de que actuases. Simulaste el rapto para ordenar el asesinato de tus cómplices antes de que los capturasen los de la Metropolitana. Fue tu primer gran error. Reaccionaste con excesiva viveza al proponer abrirte un expediente para tu ingreso en el espionaje americano. Temías que investigásemos tu vida. Mandé hacerlo. Me fingiste amor. ¿Cómo se puede vivir con una conciencia como la tuya?

Janet Hogan, muy pálida, se mordió los labios. ¡Y ella que creyó haberle engañado! Consideró inútil negar y se dispuso, como esperaba Ted, a una comedia de lágrimas.

—¡No quise hacerlo…! ¡Me obligaron! Persons es un miserable.

—Era. Ha muerto.

—Me amenazó…

—Sin embargo, te convertiste en jefe de la organización de espionaje.

—Sí. ¡Ten piedad de mí! No quiero morir…

Breck cambió una significativa mirada con Bratiano.

—Te ayudaré. Sal de Nueva York. Si Lascar guarda el secreto simularé no haberte encontrado. Aunque no te lo mereces, te amo.

Un ramalazo de alegría surcó las húmedas pupilas de la joven.

—¿De veras? ¡Oh, Ted, qué mal me porté contigo!

Janet Hogan retorcía sus manos y su rostro denotaba angustia y gratitud. Breck se esforzaba en dominar su asco hacia fa perversa criatura.

—¡Vete!

Ella no se hizo repetir la orden y, cogiendo su bolso, abandonó la joyería. Ted preguntó a Lascar:

—¿Puso en marcha el magnetófono?

—Sí. ¿Va a seguirla?

—De eso se encarga el inspector Fulton. Yo intentaré descubrir el emplazamiento de la emisora clandestina que transmite mensajes en clave a Rumania. Faltan cinco minutos para que venga el coche de los servicios especiales. Es casi seguro que se pondrá en comunicación con sus jefes en el extranjero. ¿Le gustaría acompañarme?

—Se lo agradezco. Me apasiona el final de la aventura. Yo la hubiese detenido. Con su declaración basta.

—Los Jurados de América son muy sentimentales. Es preciso localizar la emisora y capturarla en plena fuga.

—Cerraré el establecimiento —lo hizo—. A sus órdenes, Ted.

—Ahí llegan —fue la respuesta.

Un automóvil, en cuyo techo había una antena dirigida, paró ante los hombres. En su interior iba un radiotelegrafista con los auriculares puestos. Les saludó con la diestra.

—A Brooklyn —indicó Breck al conductor—. Recorra las calles inmediatas a la avenida Flatbush.

El vehículo inició la marcha. Los agentes del Servicio Secreto guardaron silencio mientras el técnico hacía girar la antena, sin captar sonidos. Breck comentó:

—Cabe la posibilidad de que opte por la huida, sin pedir instrucciones.

—No lo creo —opuso Bratiano—. Janet no es de las que se asustan.

En la avenida Fifth los hechos dieron la razón al «informador». El especialista advirtió:

—¡Silencio! A la izquierda.

El coche tomó la dirección indicada, que les condujo a Flatbush Avenue.

—¡Adelante! —ordenó el de los auriculares—. Pasa… Marcha a atrás. ¡Ahí!

El automóvil se detuvo frente al número 245. Lascar y Ted se miraron.

—El domicilio de Janet —dijo el primero.

—Sí. Debimos suponerlo. ¿Siguen transmitiendo? Mejor.

De dos en dos ascendieron por la escalera renunciando al ascensor para que, al pararse en la planta sexta, no pudiera

delatarles. Ante la puerta del departamento de la muchacha, Breck sacó un manojo de ganzúas. Segundos después avanzaban cautelosos por el pasillo, con las armas en disposición de disparar. Su asombro fue enorme al no encontrar a nadie.

—Quizá esté en la azotea.

—No —negó Bratiano, que miraba el reloj de bronce—. El sistema es ingenioso.

Ted observó cómo el rumano se inclinaba, examinando la pared.

—¿Qué busca?

—Vea este hilo que sale del pedestal de mármol y enlaza con la ventana. Sin duda en la terraza conectará con una antena, en la que nadie habrá reparado. Son millones los aparatos de televisión que funcionan en Nueva York.

—¿Y la emisora?

—El reloj de bronce Desmóntele. Me extrañó verle funcionar en una visita inesperada que hice a Janet. Mire.

Quitó la tapa posterior mostrando un diminuto disco, que giraba lento.

—Los mensajes son radiados automáticamente, repitiéndose tantas veces como cuerda hayan dado al reloj. ¿Ve? Se ha parado. Janet puede hablar en este cuarto con el más astuto policía al tiempo que cumple una misión de espionaje. ¿En qué piensa?

—En esa mujer Es diabólica, más peligrosa de lo que sospechábamos.

—¿Teme que burle a Fulton?

—No. Es un viejo sabueso. ¿Dónde impresionan esos discos?

—En la finca en la que pereció Douglas. Había un aparato en su despacho. ¿No lo recuerda? Quizá le tuviera previsto para un caso semejante.

—Sí, Lascar. Ahora comprendo la razón de nuestros repetidos fracasos. Nos hemos enfrentado a cerebros privilegiados para el mal. Que suba el especialista. ¿No le importa avisarle? Quiero que lo revise todo. He de llamar a Jefatura, al inspector Nevis Austen, para, en privado, referirle la verdad, Fulton me autorizó a ello.

Mientras Bratiano cumplía las indicaciones de Breck, éste se puso en comunicación con el hospital Lyingin, inquiriendo noticias de Catherine.

—¿Podría hablarla?

Sonó un «click» metálico producido por la clavija de la centralita y la voz de la muchacha inquirió:

—¿Eres tú, Ted?

—El mismo, querida. Sin novedad.

—Me intervienen a las seis. ¿Podrás venir a esa hora?

—Haré lo posible. He de esperar a Fulton. Él se encarga de la detención de Janet. ¿Muy animosa?

—Sí, sabiéndote a salvo.

—Adiós, querida.

Colgó para marcar el número del teléfono de Nevis Austen, al que rogó se personara en el 245 de la avenida Flatsbush.

Lascar estaba con el agente de la Sección Especial del Servicio Secreto y procedieron a un minucioso registro de la casa y a un examen concienzudo de la original emisora.

—¡A cuántos hombres habrá enviado a la muerte ese reloj! —exclamó Breck—. Hace tres meses fue hundido un transporte, con dos mil hombres, en aguas del Pacífico. Por fortuna todo terminó ya…

No se equivocaba. En aquellos momentos brigadas de la Policía Federal estaban procediendo a la detención de los complicados en el más famoso caso de espionaje que registran los archivos del Servicio Secreto Americano. Sólo quedaba en libertad…

CAPÍTULO XIII

Janet Hogan miró inquieta en torno suyo. Por dos veces le pareció ver un rostro conocido. Se dijo que se comportaba neciamente manifestando su nerviosismo. Tenía que aparentar la máxima serenidad.

El andén central de la estación de ferrocarril, que enlaza Nueva York con los Estados del Oeste, hallábase repleto de público. Unos subían al tren y otros conversaban con sus familiares a través de las abiertas ventanillas.

Silbó la locomotora y la mujer ascendió a un vagón de primera. Entregó el billete a uno de los empleados, que la condujo a un departamento.

—Su butaca es aquélla, señorita.

—Gracias.

No llevaba equipaje. Sólo su bolso de mano.

Miró con gesto distraído a sus compañeros de viaje, un matrimonio con una hija de unos doce años.

Le resultaba incomprensible que el Servicio Secreto la hubiese dejado escapar. ¡Breck un traidor! ¿Por qué no la detuvo? Ni un solo momento le supuso enamorado.

Sacó un paquete de «Lucky» y con él en la mano salió en dirección al coche fumador, el último del convoy.

Recostada en una cómoda butaca, ante la gran plataforma encristalada, aspiró el humo en silencio.

No lamentaba la muerte de Persons. Nunca le quiso. Tanto su boda como su divorcio fueron simples actos de servicio.

Acabado su cigarro se puso en pie y miró en torno suyo. El vagón se hallaba desierto. Acodada en una ventanilla observó que el tren atravesaba el río Delavare, por tierras de Pensilvania. Se

apearía en Buffalo, en la frontera canadiense, para cruzando el lago Ontario, llegar a Toronto y dirigirse a las zonas de grandes bosques.

El recuerdo de la organización de espionaje norteamericana tornó a preocuparla. ¿Por qué no la perseguían?

Un ruido a su espalda la hizo mirar a través del cristal. No se movió, pero su corazón palpitó acelerado. Acababa de reconocer a Fulton.

Con mano trémula abrió el bolso, apoderándose de la automática. Giró rápida, encarándose con su enemigo, que, con un desprecio absoluto del peligro, se acercó a ella.

—¡Deténgase o disparo! —amenazó.

Fue obedecida. El inspector la aconsejó:

—Entréguese. No añada otro delito a los muchos que lleva cometidos. Dentro de quince minutos pararemos en Binghamton. Se la juzgará, dándole oportunidad de defenderse.

—No hay abogado capaz de salvarme de la «silla». ¡Salga a la plataforma y arrójese en marcha! No me obligue a acribillarle a balazos.

—¿Me brinda una oportunidad de salvación? La desconozco. ¡Qué neciamente ha caído en la trampa! Douglas Persons murió sin confesar y carecíamos de pruebas. Lascar Bratiano, uno de nuestros «informadores», nos previno de sus actividades. Al parecer, usted pretendió ganarle para el espionaje. El soslayó la oferta aparentando no darse cuenta de la gravedad de su proposición. Nos avisó y preparé el robo de la gema. Carecíamos de argumentos para convencer a un Jurado. Ya los tenemos. Su declaración fue grabada en cinta magnetofónica y localizamos la emisora. ¡Ríndase! Es necia y suicida la resistencia. En el tren hay federales que acudirán a la primera detonación. ¿Se sonríe?

—Sí. Usted, al menos, no gozará de la victoria.

—Prefiero arriesgarme. Deje de apuntarme al vientre. Me pone nervioso. Una vez me hirieron ahí y experimenté tan vivos dolores que…

Deseaba ganar tiempo. Se había dejado sorprender por Janet. Si no lograba capturarla, huiría. Confiado en su experiencia no tomó las debidas precauciones. Ningún agente federal viajaba en el tren. ¿Iba a fracasar el Servicio Secreto por su culpa? No, aunque tuviera que morir.

—¡Vamos, Fulton! ¡A la plataforma!

El inspector se volvió con aparente docilidad, y, de improviso, saltó a un lado dejándose caer al suelo. Sonó un disparo y el hombre sintió que algo chocaba contra su espalda. Se incorporó con dificultad, esgrimiendo su revólver, a tiempo de recibir un nuevo impacto en el pecho. Apretó el gatillo. Le pareció ver que Janet Hogan se desplomaba…

La tragedia había terminado.

CAPÍTULO XIV

Tres meses después de los trágicos sucesos que, difundidos por la prensa estadounidense, conmovieron a la opinión pública, Catherine Bellew y Ted Breck, cogidos del brazo, caminaban por la Quinta Avenida, deteniéndose ante la catedral católica de St. Patrick.

—Nos adelantamos, querida.

—No. Ahí llega. ¿Qué tal esa convalecencia, Fulton?

—Estupendamente. He aprendido a valorar la existencia. Es hermoso el aire, el sol, las mujeres…

Mientras tal decía miró con descaro a una pelirroja. Catherine bromeó:

—¿Piensa casarse?

—No es fácil.

—¿Qué hay del Estado Mayor? —Medió Ted.

—He de incorporarme a él finalizado el permiso. Me desagrada convertirme en un burócrata.

—¿Quién se queda al frente de la Delegación de Nueva York?

—El inspector Ted Breck —como reparara en un gesto de asombro del joven, continuó—. Me lo acaban de comunicar por telegrama. ¿Para qué me llamasteis?

—La boda para mañana y vamos a celebrarla por anticipado con una comida íntima, a la que asistirá Bratiano, que nos espera en el restaurante Capitolio. ¿Por qué no ingresa en la Academia?

—Voy a proponérselo. Nos está empujando la gente. Caminemos.

Anduvieron por la populosa Quinta Avenida. Breck oprimió cariñosamente el brazo de su prometida, que le miró. Fulton dijo:

—Merece la pena luchar por lo que nos rodea. Siento haber tenido que matar a Janet Hogan. Temo que expiró sin la gracia del

arrepentimiento.

—¡Quién sabe! No evoquemos el pasado. El porvenir es venturoso, feliz…

Las palabras de Ted Breck sonaron con dulces acentos en los oídos de Catherine, que, conmovida, se enjugó una lágrima…

FIN

Alar Benet nació en Madrid, España en 1923.

Pseudónimo utilizado por Juan Alarcón Benito, prolífico escritor en toda clase de géneros con publicaciones editadas desde los años 50 hasta finales del pasado siglo.

Otros pseudónimos utilizados: Andrea Melotti, Fatt Rowner, John Strong, July Bungler, Magda de Medrano y John A. Lakewood.

Así mismo fue uno de los dos guionistas de la celebrada serie de Televisión Española emitida entre 1971 y 1974 titulada «Crónicas de un pueblo» en la que se narra la vida cotidiana de un pueblo tipo de España en el tardofranquismo. Ésta fue la primera serie dirigida por Antonio Mercero en TVE.

En la biblioteca nacional de España consta como autor de 564 obras y como partícipe de otras 71.

Notas

[1] Cámara de compensaciones. < <

[2] El Penthotal, inyectado lentamente por vía endovenosa, tiene la propiedad de establecer en el sujeto una zona sugestionable, entre la vela y el sueño, estado que los sicoanalistas denominan «crepuscular» y en el cual el paciente se halla en condiciones de entender las preguntas y de responder a ellas. La inyección anula el control ejercido por las facultades críticas superiores o, para emplear términos científicos, disminuyendo la «censura del yo» puede evocar, a través de preguntas adecuadas, el contenido de la siquis profunda. < <

[3] El «transfert» es «la atracción» del sujeto hacia el examinador; la traslación, el transferimiento de la personalidad del enfermo a la personalidad del médico, el cual llega a asumir la figura del padre, de la mujer, de lodos aquéllos en quienes el sujeto tiene fe. Sólo establecido este contacto puede llegarse a obtener resultados con el Penthotal. < <